

La Ilustración Artística

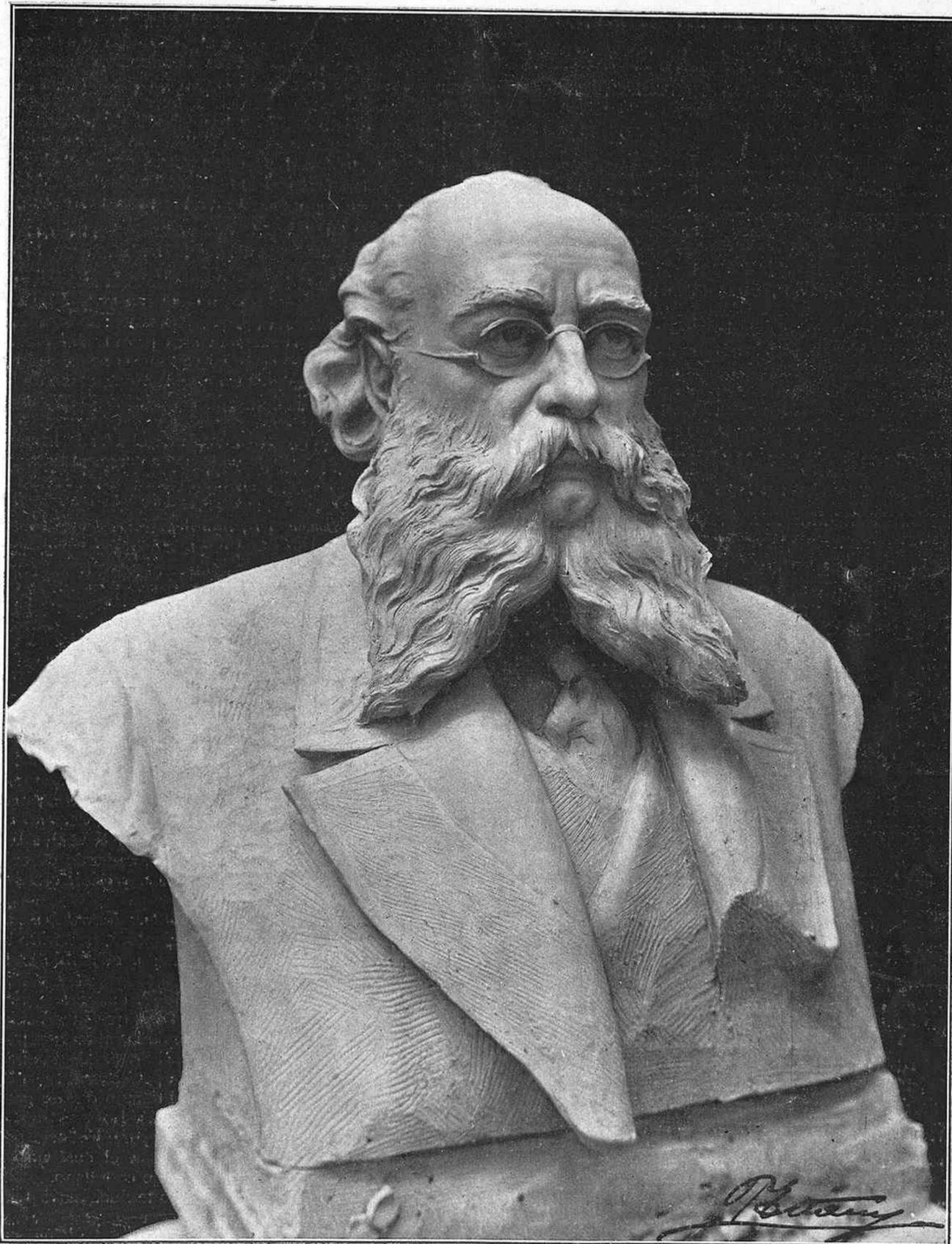


Artística

Año XXXIII

BARCELONA 22 DE JUNIO DE 1914

Núm. 1.695



BUSTO DEL DR. D. JOSÉ EZQUERDO Y ZARAGOZA, obra de Pedro Estany
que figurará en el monumento que ha de erigirse en Madrid a aquel eminente frenópata

(Véase la página 416.)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el segundo tomo de la serie del presente año, que es

LA MUJER Y EL TRABAJO

obra notabilísima de la escritora inglesa Oliva Schréiner, en la que puede decirse está la esencia del movimiento feminista, la condensación de las aspiraciones, de las esperanzas y de los derechos de la mujer. La obra va profusamente ilustrada.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *No hay regla sin excepción*, cuento de Julio Hoyo. — *Cuadros de José Benlliure*. — *Monumento al doctor Esquerdo*. — *París. Catástrofe causada por un temporal*. — *Madrid. Notas de actualidad*. — *Barcelona. Concurso de carteles Amatller*. — *Concurso de tiro de pichón*. — *Concurso de ciclos náuticos*. — *Barcelona. La Escuela de Bosque de Montjuich*. — *Amparo Iruvi*. — *La victoria* (novela ilustrada; continuación). — *La industria en el Rif. En las márgenes del río Kert*. — *El nuevo ministerio francés*. — *Londres. Nuevas hasañas de las sufragistas*.

Grabados. — *Busto del Dr. D. José Esquerdo*, obra de Pedro Estany. — Dibujo de N. Martí y Cabot, que ilustra el cuento *No hay regla sin excepción*. — *Berlín. Fiesta celebrada con motivo del aniversario de la inauguración del Estadio*. — *Viejos amigos; Mujeres en la iglesia*, cuadros de José Benlliure. — *París. Catástrofe causada por el temporal*. — *Madrid. Notas de actualidad*. — *Barcelona. Concurso de carteles Amatller. Los carteles premiados*. — *La Ciencia estudiando la mentalidad humana; Enfermera quitando la camisa de fuerza a una loca*, obras de Pedro Estany. — *Barcelona. Notas de actualidad*. — *Concurso de ciclos náuticos*. — *Amparo Iruvi*. — *La industria en el Rif*. — *El nuevo ministerio francés*. — *Londres. Nuevas hasañas de las sufragistas*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lo que ha sucedido con la Fiesta de la flor, es una nota interesante de vida moderna.

Lo dije no ha muchos días, en la velada de la Cruz Roja, organizada por la asamblea de esta benéfica institución, y celebrada en el Teatro Real, bajo la presidencia del infante D. Fernando de Baviera: nunca se ha dado tanto para los pobres, nunca se ha hecho tanto bien como ahora. En otras épocas de la historia, los piadosos eran los Santos; pero los Santos escasean siempre, hoy y entonces. El caso es que sea piadoso todo el mundo; que la piedad constituya una epidemia, no un caso aislado. Y sospecho que esto se ha conseguido.

Al principio, gran parte de la prensa, si no toda, se opuso a lo que llamaban «la caridad bailable», negando que fuese tal caridad. Y, en efecto, yo no diré que a cuanto se hace en pro de los necesitados quepa aplicarle con propiedad el nombre de una de las virtudes teologales. Sólo que aun sería más impropio atribuirle el de ninguno de los pecados capitales. Ello es cosa buena, sin llegar a la perfección. La perfección, ¿quién la logrará? Ardua cosa. Y los que censuran y hasta se oponen a la beneficencia cual generalmente se practica, ¿serán, pregunto yo, capaces de rascarse el bolsillo y entregar lo que había de producir la fiesta que repreueban y a la cual son estorbo? Y si no han de compensar lo que quitan, ¿estarán exentos de responsabilidad ante Dios y ante los necesitados?

* *

Todo esto que voy diciendo, me lo sugiere el caso de la oposición que el año pasado encontró en mi pueblo la Fiesta de la flor. Hubo periódico que dijo que en ella perdían el pudor las señoritas. Y éstas, claro, se retrajeron. No es cosa de perder un requisito como el pudor; que, después de perdido, el diablo que lo recobre.

Pues esta fiesta calificada de antipúdica, la ha patrocinado este año, en Madrid y en toda España, Su Majestad la Reina Victoria, que nació en Inglaterra, ¡el país del pudor justamente!, y han tomado parte en ella las principales señoritas de la corte. El pudor segura estoy de que no ha sufrido menoscabo; siendo de suyo algo que jamás ha perdido señorita alguna que no lo haya querido perder, y que puede perderse en todas partes y en ninguna, por mil razones, que ya considero ociosas y excusadas aquí.

La recaudación ha sido considerable. En todas partes se ha pedido y se ha dado a manos llenas.

Y cuenta que se luchaba con una mala impresión del año anterior, en el cual también se recaudó mucho, pero se tardó en publicar el resultado y la inversión, y en suma (es cuanto puedo decir concretamente, pues no estoy bien informada), el público no quedó contento y algunos periódicos aconsejaron que no se diese. No obstante, la generosidad y lar-

ganza rompieron los diques. En el Congreso, en el Senado, en las estaciones, en los tranvías, en el Tiro de pichón, donde postuló la Reina en persona, en el Banco, en los Circulos, en los Ministerios, dondequiera, penetraron las señoritas bolsa en ristre y sonrisas en rostro, haciendo destrozos en carteras y faltriqueras. El Rey tuvo que dar vuelta a las suyas, para que viesan las postulantes que no le quedaba ya un céntimo. Y no valiéndole ni la demostración, tuvo que pegar un salto, que me río del de Alvarado (entre otras cosas, porque el de Alvarado es una fábula).

Había que ver las solapas de los señoritos. Una constelación de flores rojas y amarillas, desbordándose. Dícese que más de un millón de flores han sido clavadas en solapas. Si cada una ha valido, por lo corto, 25 céntimos, serán 50.000 duros. Esta suma no se encuentra a la vuelta de la esquina.

Por eso tienen que tentarse la ropa los que se oponen a iniciativas tales. Cuanto más cristianos sean, más deben tentársela, mirando a que, aun descontados los abusos y yerros que caben en todo lo humano, siempre redundará gran parte de tal acción en bien de los enfermos, de los heridos, de los menesterosos.

* *

También ha de sacarse gran fruto de la corrida regia a beneficio de la Cruz Roja. Nótese que casi diariamente se celebra alguna fiesta de objeto benéfico. Semejante contribución, al revés que otras, pesa casi exclusivamente sobre las clases acomodadas. No es el pueblo el que coayuda para fines tan útiles al pueblo. Y obsérvese que el pueblo, cuando puede, se asocia en la medida de sus fuerzas: así ha sucedido en la Fiesta de la flor, y esto representan los tagalos de calderilla que se han recolectado. Pero el llamamiento es a los ricos, y los ricos sufren el impuesto, en una o en otra forma.

Es de esperar que venga un día en que ciertos elementos miren, no sólo con tolerancia, sino con agrado, lo que, sin ser caridad sublime, es siquiera obra de misericordia. Ya lo demuestra el artículo entusiasta que acabo de leer en un periódico católico de Madrid, *El Universo*, en el cual se encomia y bendice esa Fiesta de la flor, que otros pusieron como hoja de perejil.

* *

No he asistido a la recepción académica del señor Saralegui, por falta material de tiempo, que es el artículo de que ando más escasa; pero leo en la prensa fragmentos de su discurso, y veo que censura las novedades en el lenguaje, y condena los neologismos, lamentando a la vez la pobreza del léxico de los escritores actuales y recomendando la lectura de los clásicos y de los modelos para remediarla.

En todo esto hay mucho que heñir, y se puede empezar por un «*distingo, padre Domingo*». En distinguir está el toque.

Los clásicos y los modelos son, ¿quién lo duda?, necesarios al escritor; casi diré que indispensables. La etapa de lectura nadie la puede omitir. Ignorar la tradición literaria, produce un género especial de barbarie. Un escritor que ni conoce ni siente a los clásicos del idioma, es un indocumentado, un mal nacido. A los clásicos hay que leerlos — aun cuando sea sólo sea para rectificar su clasificación —. Yo que tanto he manejado y seguiré manejando, hasta que Dios quiera, a los historiadores que escribieron sobre la Conquista de México, encuentro entre ellos a uno tenido por clásico admirable, y que acaso, por defectos de su época literaria, no lo sea tanto, no tenga el jugo sabroso y genuino que otro a quien nadie ensalza: me refiero a D. Antonio Solís y a Bernal Díaz del Castillo. El primero, citado siempre como modelo del habla, es un escritor de decadencia, lo mismo que Rivadeneyra, y aunque en su estuche haya perlas magníficas, no le propondría yo para que nadie le imitase: sugiere amaneramientos. El segundo, es un lego, un soldadote; pero en él abundan los que el mismo Sr. Saralegui llama felizmente giros geniales, imágenes pintorescas, y gentiles modismos de oro acendrado del pueblo. El estilo de Solís lleva golilla, y el de Bernal Díaz es la misma naturalidad. ¡Hay que rectificar, insisto en ello, la clasificación de los clásicos!

* *

En cuanto a los neologismos, los hubo en todo tiempo, y Cervantes los usó, y también extranjerismos marcados, italianismos escandalosos, sin dejar de ser Cervantes. Por encima de las espumas y es-

corias del idioma, está la personalidad del gran escritor, que, para serlo, debe conocer muy bien a los clásicos, y después olvidarlos y formarse su estilo propio, su individualidad inconfundible.

No son los escritores de altura los que tienen el habla castellana en un estado de pobreza, por desuso de los vocablos. Cabalmente en estos últimos tiempos les ha dado a los escritores por desenterrar muchos, nada usuales, y por recoger giros, idiotismos y modismos del pueblo y de las regiones; y si se pudiese hacer un recuento, se encontraría en los autores del siglo XVII y XVIII mayor escasez de vocabulario que hoy, por ejemplo, en Galdós o Valle Inclán. Y no está todo en el vocabulario: hay que pensar en el modo de manejarlo. Hacinar palabras raras, de nada sirve. El caso es colocar de tal modo las palabras, que ejerzan la sugestión o colorista, o musical, o intelectual, o sentimental que el autor se ha propuesto. Y esto no lo saben hacer todos, sino muy pocos, y longincuos, como dijera Salomón de la mujer fuerte...

¡Ah! Las castañuelas pueden tocarse mal y tocarse bien... Y no me dejará mentir la bella *Imperio*...

Es el demonio que, con el Diccionario de la Academia que hoy rige, la pérdida del habla sí que sería definitiva, pues apenas se encuentra en él palabra alguna de las que ocurre buscar. A bien que hay otros Diccionarios menos incompletos, como por ejemplo el de Rodríguez Navas. Con el de la Academia, frescos estábamos; y por eso en primer término, y antes de plañir los males del afectado menosprecio con que muchos españoles miran todo lo de su patria, puede el Sr. Saralegui llorar las inmensas faltas y errores de tal Diccionario, que como autoridad se preconiza.

* *

Yo, en lo referente a las palabras extranjeras, tengo un criterio: que, si no cabe sustituirlas por otras españolas, conviene españolizarlas, imprimirlas nuestra marca propia. Así procedían nuestros antepasados. Del juramento alemán *¡bei Gott!* hicieron nuestro castizo *bigote*, como de las *tarlettes* hicieron *artaletas*, de las *croquettes croquetas*, de las *paupiettes purpelas* y del *tramway tranvía*. Por lo demás, en materia de olvidar la lengua que se habló de niño, yo le voy a contar al Sr. Saralegui, que si no me engaño es gallego, un cuento más expresivo que el de Cristóbal de Villalón que él saca a relucir.

Erase que se era un *caista*... Llamen así en Galicia a los que, por haber pasado en Andalucía, y sobre todo en Cádiz, unos meses de laboriosidad, vuelven a su tierra con unos pesos, ahorrados, y escupiendo por el colmillo. El *caista*, pues, llegó a su casa, pobre choza de labradores, y exagerando el ceceo, dió en preguntar con desdén los nombres de cada cosa, lo mismo que si nunca la hubiese visto.

«¿Qué ez ezto, mare?»

«¿Cómo le dicen a ezto, parecido?»

Era el padre uno de esos petrucios socarrones, que no hay flamenco que les dé una vuelta.

Tomó con sumo cuidado un instrumento de labranza llamado *angazo*, que tiene púas de hierro, y lo colocó en la cuadra, puntas arriba.

Hecho lo cual, llevó a su hijo, a pretexto de enseñarla el buey y la vaca, a la oscura dependencia.

El mozo, andando descuidado, puso el pie sobre los pinchos, y gritó, con energía y ya sin ceceo alguno:

— ¡Vállate Juncrá lo angazo, case me magoou!

Que significa, traducido libremente:

— ¡Cargue el diablo con el angazo, que me lo clavé!

— ¿Hola?, exclamó irónico el padre. ¡Vaya, alabado sea Dios, que ya sabes hablar como nosotros y el nombre de las cosas!

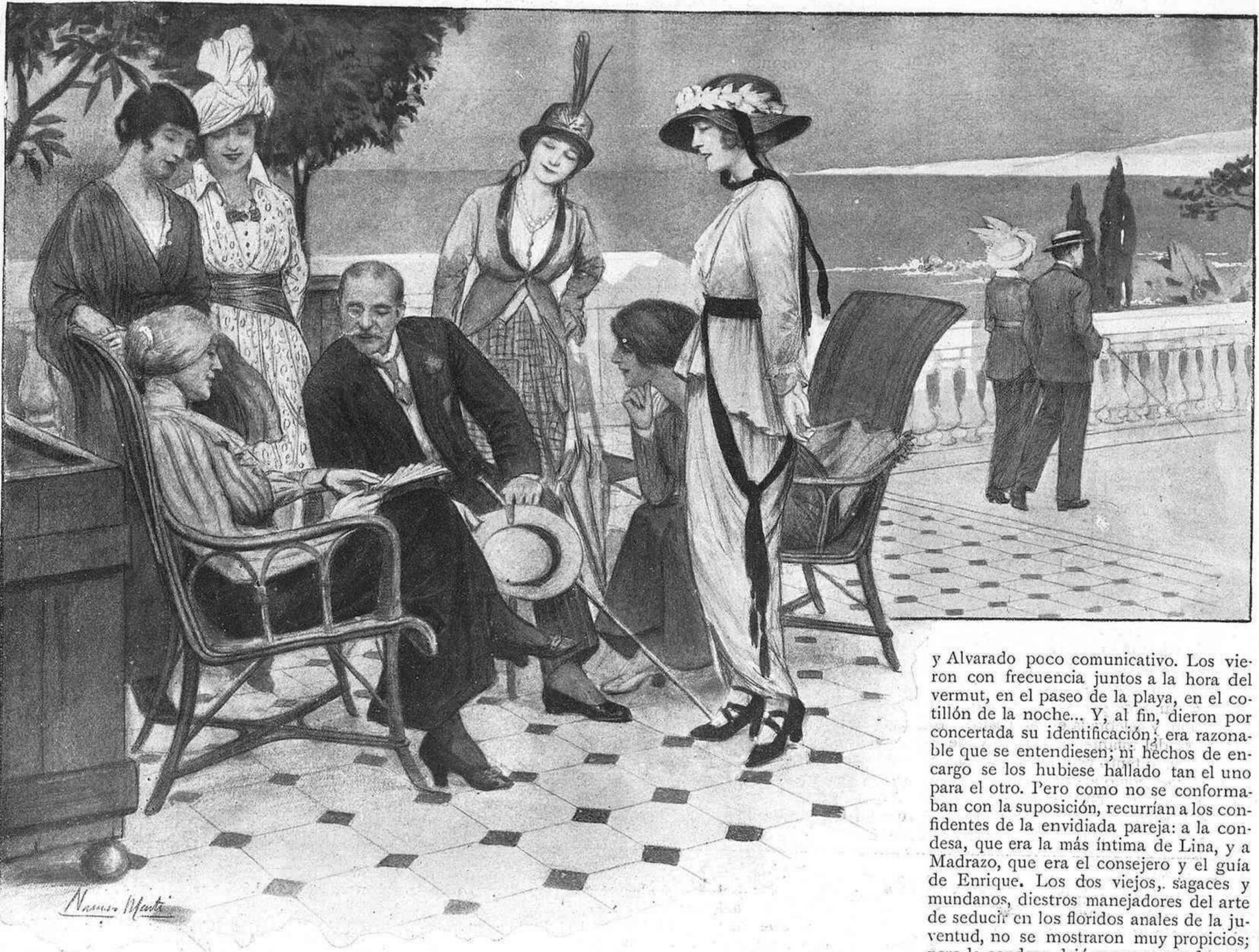
Crea el Sr. Saralegui que el muchacho de Logroño sabía perfectamente su lengua, la cual no se olvidaba en el tiempo que se gastan unos zapatos, ni en mucho más. Lo que tenía el tal mozuelo, como el *caista*, era *pose*: y séame permitido usar este extranjerismo, para el cual no encuentro, así al pronto, equivalente castellano.

¿Cómo traduciríamos *pose*?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de **Carlsbad**
es la única legítima Sal de

NO HAY REGLA SIN EXCEPCIÓN, POR JULIO HOYOS, dibujo de N. Martí y Cabot



Y le mostraba a Madrazo la elegante prenda...

... Después, Alvarado sacó el pañuelo de seda marrón, limpió el cristal de los gemelos y, bajando hacia los ojos el ala del jipi, enfiló la mirada hacia el mar.

Entonces Diego Madrazo, presintiendo clavados en él los ojos escrutadores del grupo cercano - ávido de conocer las últimas confidencias de su amigo - adoptando un aire indiferente, acercó a los labios el fino cubilete de Bohemia, sorbió la refrescante soda, se colocó el monóculo y fué pasándolo lentamente por la amplia hoja de *Le Matin*. Era el modo mejor de abortar la investigadora curiosidad que le acechaba.

Como si la actitud de Alvarado fuese una señal convenida, todos los hombres le imitaron y en un instante se los vió de pie en la terraza, apuntando también al mar con sus gemelos.

Del grupo femenino, abandonado tan indiscretamente, salieron palabras y sonrisas de irónica burla. Ya sabían ellas por qué se conducía de aquel modo lo más elegante y lucido de sus amigos; pero como, a la postre, era una mujer la ejercedora de aquella admiración, lo que venía a herirlas individualmente las halagaba en colectividad. Porque, no cabía duda, se habían levantado para ver salir del baño a Rosalina. Para cerciorarse, la condesa, por su edad avanzada y su aspecto respetuoso, era la única a quien cuadraba bien la comprobación. Irguió el busto, miró primero a Madrazo y, convencida de que no la espiaba, empuñó sus gemelos.

Efectivamente, habían acertado.

Por entre aquellas espumas consteladas de reberberaciones que se extendían ante la terraza, asomaba allá lejos la gorra blanca de Rosalina, sobre los cabellos rubios que el sol doraba y pulía.

Lina, como se la llamaba familiarmente, era una

de esas mujeres que recogen toda la atención de donde se presentan; su espléndida belleza, algo provocativa y algo enigmática, con la misma fuerza que atraía a los hombres, los detenía cautelosamente al borde mismo de la decisión. Y este contraste entre su hermosura incitadora y su aspecto altanero, le daba una fascinación mayor. Considerada como peligrosa por los varones, era envidiada de las damas y su amistad se la disputaban calurosamente, porque aquella que poseía el don de atraerla, tenía seguro a su lado el más selecto cortejo de aduladores.

De todos ellos, Enrique Alvarado fué el único que salió vencedor, al menos en apariencias. Verdad que era el mejor partido y que nadie como él reunía dotes tan seductoras. Los había más ricos; pero Alvarado poseía una fortuna envidiable, y en elegancia, en talento, en juventud y en belleza varonil, eclipsaba a los demás. De otro lado, su situación presente le daba una libertad omnímoda: podía disponer de su persona y de su fortuna. ¿Era un partido aceptable?

Cuando le vieron acercarse a Lina, el bello sexo abrigó una esperanza vengativa. Ahora iba a pagar el buen mozo la descortesía de no haber galanteado a ninguna de las que se le insinuaron, con más intención de la prudente. Y los varones despechados por la esquivaz de aquella galana belleza, también por su parte vieron con buenos ojos la actitud de Alvarado: ahora se sabría si era la moza tan irreductible como aparentaba.

Y con este motivo, a *sotto voce* se formaron dos bandos: el de ellas que deseaban el fracaso de Enrique; el de ellos que hacían votos por su victoria. Comenzaron a ser objeto de la más escrupulosa vigilancia; pero los apasionados espectadores sacaban bien poco en claro, porque Lina era muy reservada

y Alvarado poco comunicativo. Los vieron con frecuencia juntos a la hora del vermut, en el paseo de la playa, en el cojillón de la noche... Y, al fin, dieron por concertada su identificación; era razonable que se entendiesen; ni hechos de encargo se los hubiese hallado tan el uno para el otro. Pero como no se conformaban con la suposición, recurrieron a los confidentes de la envidiada pareja: a la condesa, que era la más íntima de Lina, y a Madrazo, que era el consejero y el guía de Enrique. Los dos viejos, sagaces y mundanos, diestros manejadores del arte de seducir en los floridos anales de la juventud, no se mostraron muy propicios; pero la condesa dejó escapar esta frase:

- El cree que, guiado por ese presuntuoso Madrazo, el asunto es pan comido; pero *están verdes*...

Y cuando llegó a oídos del veterano conquistador, puso este comentario, a modo de resumen:

- Otras más verdes se maduran.

No se habló más de este asunto, pero desde aquel día se abrió una lucha solapada entre las dos expertas potencias, y la condesa replegada tras Rosalina, y Madrazo oculto tras de Enrique, semejábanse a dos combatientes que, desde sus admirables trincheras, ponían en juego todas las artes que el talento y la experiencia proporcionan a lo largo de una vida bien batallada.

Y todo encubierto con la más estricta cortesía, sin que la menor ventaja del enemigo fuese bastante para que el otro contrario perdiese la serenidad ni la corrección ni siquiera la galantería.

Desarrollado el plan por medio de tan reservados procedimientos, los demás no sospecharon que el desenlace tocaba ya a su fin. Sólo sabían la frecuencia con que Lina y Enrique confidenciaban, y esto les hizo sospechar optimistamente para Alvarado.

Así que la sorpresa fué enorme cuando Enrique se apartó del barandal, llegó al grupo amistoso y encarándose con la condesa, notificó su viaje... ¿Un viaje?... Pero ¿cuándo? ¿Adónde?

- Mañana mismo, señora condesa. Si ustedes se encuentran aquí, al pasar por la escollera en el bote que me conduzca al vapor, tendré el triste placer de agitar mi pañuelo en señal de despedida.

- ¿Y hacia qué punto?

- A Italia. Quiero volver a ver Roma, Venecia, Florencia, Nápoles...

La condesa sonreía, mirando de reojo a Madrazo, oculto tras la hoja de *Le Matin*. Y de entre aquellas lindas damitas, una tan sólo, la más ingenua, se atrevió a formular la protesta que latía en las demás:

- Pero, Alvarado, eso es una ingratitud; ¡precisamente ahora!..

La condesa la miró significativamente. Alvarado respondió:

- No le sorprenda. Siempre nos atrae aquello que está más en armonía con nuestro espíritu.

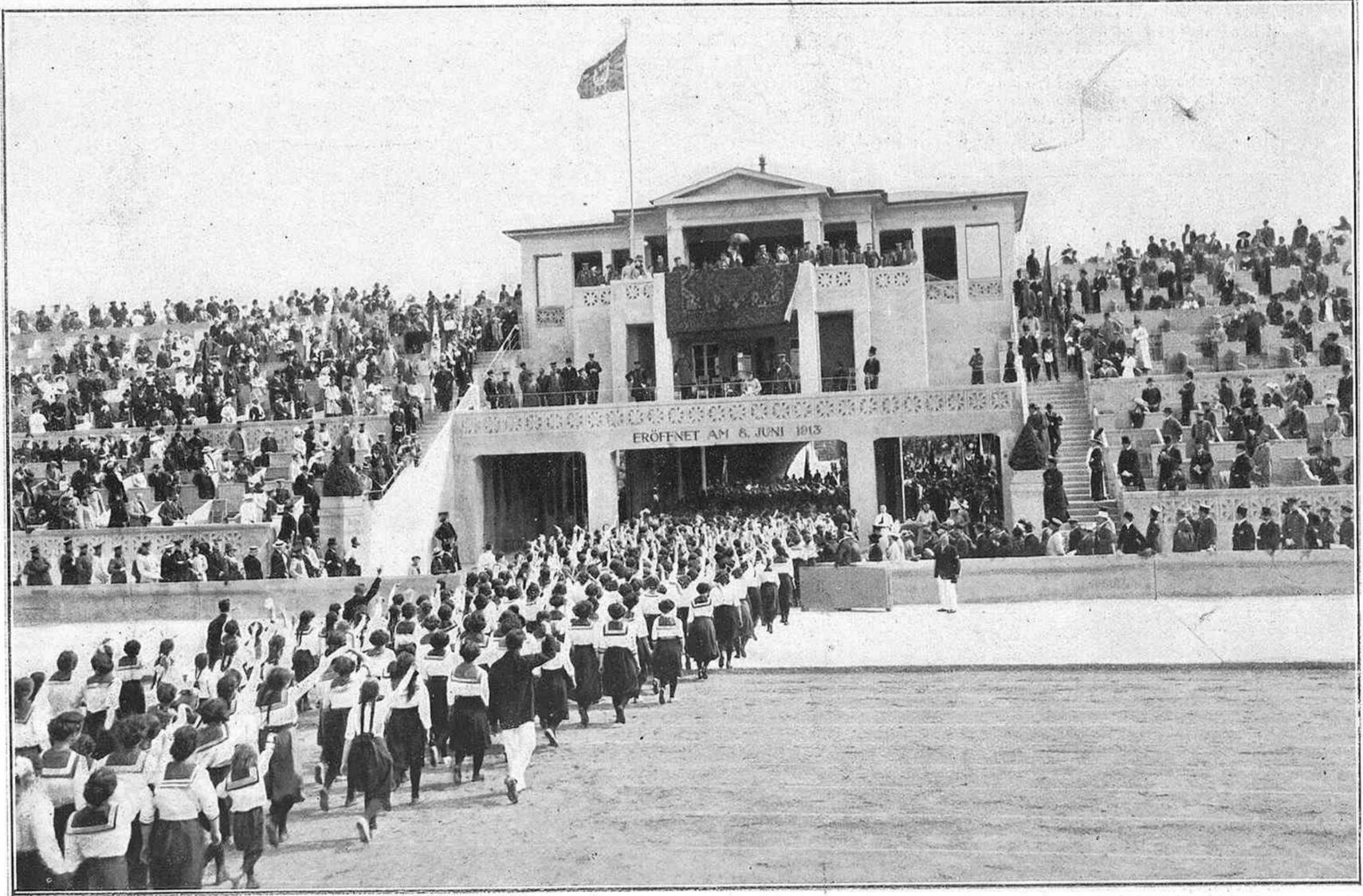
- ¿Y en qué vapor embarca usted?

- En el *Urania* - y apuntó con el dedo una mancha oscura y lejana que se levantaba entre el cielo

el mejor ejemplo. Esos abanicos que se agitan junto al pecho de las mujeres, vienen a ser como las alas del Amor que llevan oculto en el corazón. Vaya pasando revista. Verá cómo en el país de estos abanicos llevan nuestras amigas el mejor nuncio de sus almas.

De pronto se cerraron todos los abanicos que ale-

Pero los demás, los que formaban la *generalidad*, ingenuos y sencillos, creyeron, como había dicho la condesa, que lo ocurrido a Enrique era lo más natural del mundo y que no era la perfidia de Lina, sino la exagerada vanidad de Alvarado, la que le había hecho embarcarse en el *Urania*, orgulloso y despedido.



Berlín. Fiesta celebrada con motivo del aniversario de la inauguración del Estadio y en la cual 12.000 gimnastas han maniobrado en presencia del emperador de Alemania. - Desfile de muchachas gimnastas por delante de la tribuna imperial. (Fot. remitida por C. Trampus.)

y el mar, al final del antepuerto - en aquel que está allá, el último.

Y salió de la terraza antes de que llegase Rosalina.

Tampoco estaba Lina en la terraza cuando Alvarado pasó por la escollera a bordo del bote que navegaba hacia el *Urania*. Apenas le distinguieron a favor de la distancia que les separaba; pero la nota blanca de su pañuelo, agitándose sobre la borda, se destacó claramente en la suave tonalidad del crepúsculo vespertino.

¿Por qué se agitaría aquel pañuelo en señal de despedida? ¿Qué habría pasado entre los dos jóvenes? ¡Y tan identificados que los suponían todos!.. Cuando le perdieron de vista, tomaron asiento y empezaron los comentarios. La condesa disimulaba muy mal su satisfacción al ver el semblante contrariado de Madrazo. A él recurrieron en demanda de una explicación; pero la noble dama se adelantó:

- ¡Qué sabe él! Y además, ¿qué hay de particular en que Alvarado no saliese airoso? Pues qué, ¿no hay más que llegar, ver y vencer?.. Lo que le ha ocurrido a Enrique con Rosalina, es lo más fácil de ocurrir.

Buscaba la respuesta en Madrazo y la encontró:

- Perdóneme usted, no es lo más fácil, tratándose de un hombre inteligente.

- Pero ¡qué pretensión tan insensata! ¿Cree usted que las mujeres van proclamando por todas partes su lado vulnerable, caso que lo tuviesen?

- Casi, casi.

- Según eso, debe haber, para conocer el alma femenina, un medio extraordinario.

- Completamente vulgar, condesa. A una mujer se la conoce por las palabras que pronuncia, por los lugares que frecuenta, por los recreos que prefiere, por las prendas que usa... No, no se ría usted. En todo lo que elegimos ponemos un gesto de nuestra propia alma.

- ¡No he de reír! Tendría gracia que un abanico, por ejemplo, nos pusiera en conocimiento del carácter de una mujer.

- ¿Y por qué no? Precisamente ha puesto usted

teaban sobre los senos, como si el lindo concurso de damitas temiese que sorprendieran abierto el sagrario del corazón. Después, mientras la condesa reía alegremente, miraron con cautela el país de sus abanicos y se fué exteriorizando la sorpresa. María Luisa, gran amiga de los bichos, vió en su país la rizada cabeza de un hermoso Angora; Lulú Merino, arriesgada amazona, tenía un brioso alazán saltando un seto; y Finita, y Paz..., todas lanzaron una misma exclamación: «¡Es verdad!»

La condesa ahogó las exclamaciones. Había visto llegar a la gentilísima rubia y quiso pillarla de sorpresa:

- Lina, déjame el abanico.

A ella le intrigó la ansiedad con que todos se lanzaron a mirarle, y más aun la carcajada que se le escapó a su vieja amiga

- Pero ¿qué tiene mi abanico?

- Nada, hija, nada.

Y le mostraba a Madrazo la elegante prenda, con la tela toda blanca, sin una pincelada siquiera.

- Las alas del Amor no dicen nada. En este caso, Sr. Madrazo...

- En este caso, señora condesa, quiere decirse que no hay regla sin excepción. Piense usted que el Amor tiene dos alas, y ¡ya no es poco que nos descubra una! Las mujeres ingenuas, en ésta - y señalaba el abanico - nos muestran francamente el país de sus anhelos, el país de su ideal; pero las que están tocadas de perfidia, ocultan esa pintura en la otra ala, en la que llevan interiormente plegada, como un abanico cerrado, al otro lado del corazón.

- ¡Ah!.. ¡Ya!..

Estas palabras, acompañadas de una sonrisa irónica, fueron el homenaje de admiración que la condesa dedicó al ingenio con que Madrazo había defendido su teoría.

En cuanto a Lina, enrojecida vivamente, rayaba con sus pulidas uñas el marfil del varillaje.

Y las dos mujeres que en aquel instante representaban la *excepción* de la regla, cruzaron una mirada de aguda contrariedad al sentirse descubiertas por la perspicacia del viejo mundano.

CUADROS DE JOSÉ BENLLIURE

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que tantas veces se ha honrado con la colaboración del Sr. Benlliure, tiene hoy la satisfacción de reproducir los dos cuadros que el celebrado artista exhibe en la Exposición Internacional de Bellas Artes que actualmente se celebra en Venecia. Como se trata de un pintor bien conocido no sólo en España, sino también en todo el mundo del arte, omitimos toda alabanza de estos lienzos, porque el mejor elogio de las obras de Benlliure está en la firma que ostentan.

Viejos amigos y Mujeres en la iglesia son dos notas netamente españolas en las que el renombrado pintor ha hecho una vez más gala de su talento, y constituyen una nueva demostración de que Benlliure, aunque ausente de su patria, busca siempre en ella los motivos de inspiración para sus pinturas.

MONUMENTO AL DOCTOR EZQUERDO

(Véanse los grabados de las páginas 413, 420 y 421)

El Dr. D. José Ezquerdo y Zaragoza, el eminente frenópata español que, nacido en humilde cuna, llegó a conquistarse con su gran saber fama mundial, y que con tanto entusiasmo trabajó toda su vida por la redención del enajenado y del criminal loco, tendrá pronto en Madrid un monumento que perpetuará entre las generaciones venideras su memoria.

El monumento es debido al notable escultor Pedro Estany y de él forman parte el busto del doctor Ezquerdo y la figura y el grupo que en el presente número reproducimos. La figura representa la Ciencia estudiando la mentalidad humana, y en ella se admiran una severidad y una sobriedad adecuadas a la idea que la escultura personifica. El grupo representa a una enfermera despojando de la camisa de fuerza a una demente; la primera simboliza la nueva ciencia propagada por el Dr. Ezquerdo, cuyo benéfico influjo se revela en la actitud y en la expresión de la loca. Al lado de ésta, un demente curado deposita un ramo de flores al pie de la nueva ciencia, en testimonio de gratitud a la memoria del Dr. Ezquerdo.



VIEJOS AMIGOS, cuadro de José Benlliure



MUJERES EN LA IGLESIA, cuadro de José Benlliure

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD



París. Catástrofe causada por el temporal. - Vista general del hundimiento que se produjo en el bulevar Haussmann delante de los almacenes del Printemps.

PARÍS. - CATÁSTROFE CAUSADA POR UN TEMPORAL

A las seis de la tarde del día 15 de este mes descargó sobre París una espantosa tormenta que desgraciadamente causó numerosas víctimas. La tromba de agua que cayó sobre la población inundó en breves momentos muchos sitios y en varios de ellos determinó grandes hundimientos, ocasionando una verdadera catástrofe.

El primero se produjo en la esquina del bulevar Haussmann y la plaza del Havre, sobre la bóveda de la estación subterránea del Metropolitano, dejando abierto un boquete de cinco metros de diámetro, por donde entró el agua impetuosamente invadiendo las galerías de aquel ferrocarril.

Pocos instantes después, ocurrió otro mayor en la plaza de San Agustín; primeramente casi en el centro de la misma, desapareció un gran trozo de pavimento y a los pocos segundos hundíanse otros trozos en diferentes sitios de la plaza. Al mismo tiempo abríanse también boquetes enormes en la esquina de la plaza de San Felipe de Roule y en la calle de la Boetie y en la avenida de Antin, el primero de una extensión de cerca de 200 metros por 15 ó 20 de profundidad.

Estos hundimientos causaron numerosas desgracias, pues por los boquetes que en el suelo se abrieron y que en algunas partes eran verdaderas simas desaparecieron varias personas; en la de la plaza de San Agustín cayó un taxi-auto en el que iba una señora, y en otros puntos fueron arrastrados varios transeúntes.

El pánico fué grande en toda la población pero especialmente en los barrios en los cuales ocurrieron los hundimientos, en



Boquete de la plaza de San Agustín en el que se hundió un taxi-auto. (Fotografías de Rol.)

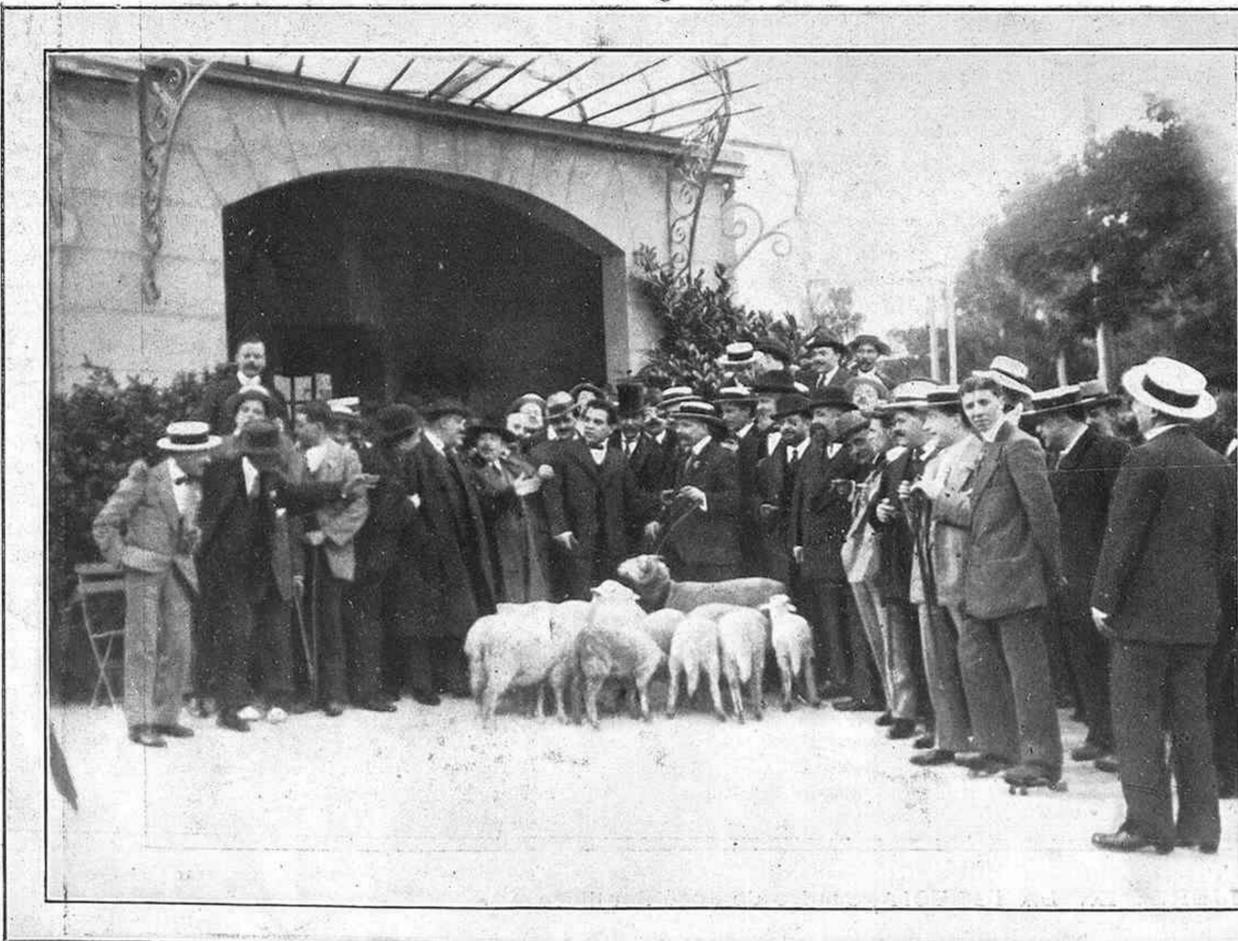
donde contribuyeron a aumentarlo las roturas de las cañerías de gas y electricidad que determinaron terribles explosiones y dejaron a oscuras una parte de la ciudad.

Aunque inmediatamente después de la catástrofe se organizaron los trabajos de salvamento, éstos resultaron difíciles y además infructuosos por las circunstancias en que aquella se produjo. Hasta ahora se han retirado ocho cadáveres, pero el número de desaparecidos de que se tiene noticia es bastante considerable.

das y entusiastas alabanzas al maestro Vives, quien, profundamente emocionado, dió las gracias a todos.

Asistieron también al homenaje, según puede verse en el grabado adjunto, los borregos que toman parte en *Maruxa*.

Carrera ciclista. - Se ha efectuado la carrera del campeonato de España, en la que tomaron parte 21 corredores, habiendo resultado vencedor Oscar Leblanc, que hizo el recorrido de 100 kilómetros en 3 horas, 28 minutos y 45 segundos.



Madrid. Homenaje tributado al maestro Vives con motivo del éxito alcanzado por su obra «Maruxa». - D. Oscar Leblanc, ganador del campeonato de España en la carrera de bicicletas recientemente efectuada. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



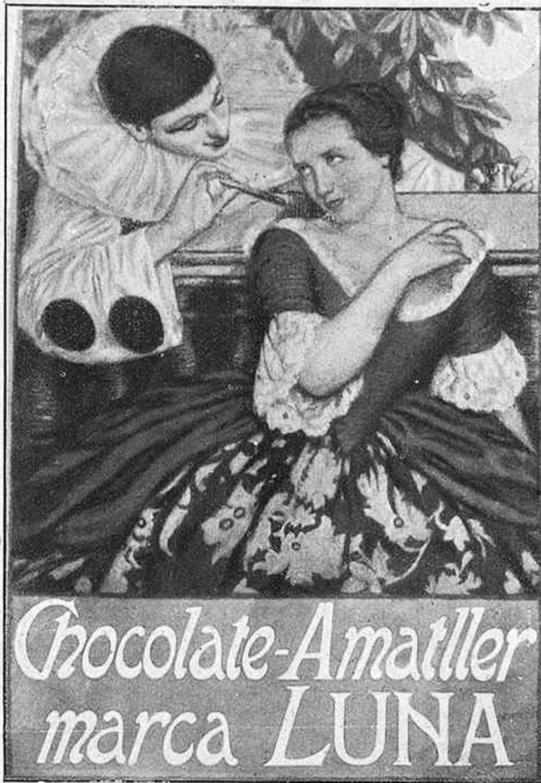
Primer premio, de D. Rafael de Penagos

La importante casa industrial Amatller, una de las más antiguas y acreditadas de nuestra capital, anunció, en febrero de este año, un concurso para premiar seis carteles anunciadores de sus chocolates marca Luna, destinando para premios la cantidad de 10.000 pesetas distribuidas en la forma siguiente: primer premio, 5.000 pesetas; segundo, 2.500; tercero, 1.000; cuarto, 750; quinto, 500; y sexto, 250.

Al concurso podían acudir todos los artistas españoles y para juzgar los trabajos que se presentaran designóse en la convocatoria el Jurado, compuesto de los notables artistas D. Apeles Mestres, don Mauricio Vilumara y D. Miguel Utrillo, y los reputados críticos de Arte D. Manuel Rodríguez Codolar y D. Joaquín Folch y Torres.

El número de carteles presentados fué de 540; se comprende perfectamente que fueran tantos,

BARCELONA
CONCURSO DE CARTELES AMATLLER
LOS CARTELES PREMIADOS
(De fotografías de F. Serra.)



Segundo premio, de D. Miguel Soldevila

deramente tentadora, y de otra la respetabilidad de las personas designadas como jurados ofrecía todas las garantías de imparcialidad y de que no la recomendación y el favoritismo habían de inclinar la balanza, sino que, por el contrario, la recompensa había de ser para el verdadero mérito.

Difícil hubo de ser la labor del Jurado antes de dictar su fallo, no sólo por el número extraordinario de las obras que a su examen se sometían, sino tam-



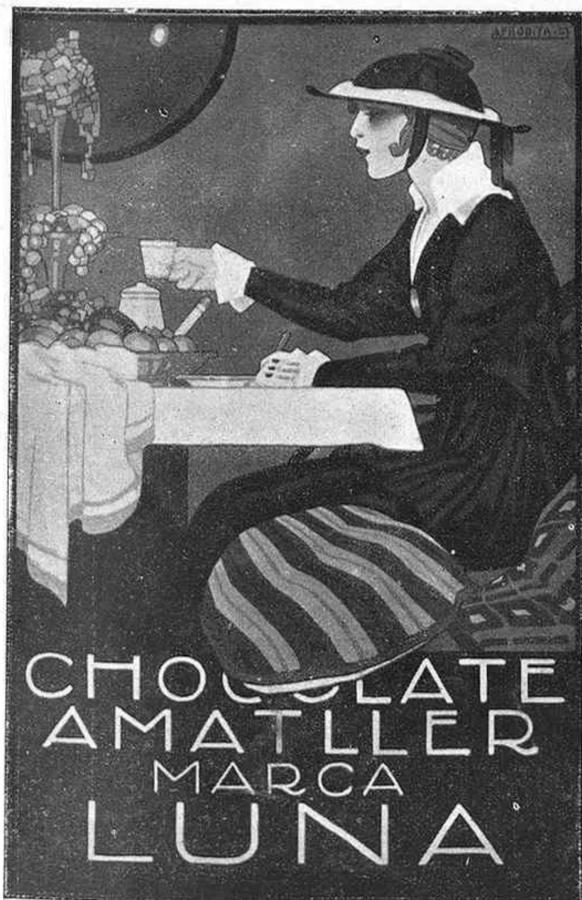
Tercer premio, de D. José Triadó

Primer premio. Lema: *India*. Autor, D. Rafael de Penagos. - Segundo premio. Lema: *Galantería*. Autor, D. Miguel Soldevila Valls. - Tercer premio. Lema: *Marihira*. Autor, D. José Triadó Mayol. - Cuarto premio. Lema: *Afrodita*. Autor, D. Rafael de Penagos. - Quinto premio. Lema: *Tico*. Autor, D. Vicente Climent Navarro. - Sexto premio. Lema: *Ba-teig*. Autor, D. Francisco de A. Galí.

La adjunta reproducción de los carteles premiados nos releva de todo elogio, pues sin gran esfuerzo se advierte que todos ellos, aparte de sus excelentes condiciones artísticas, responden al carácter de reclamo industrial que ha de tener esta clase de obras.

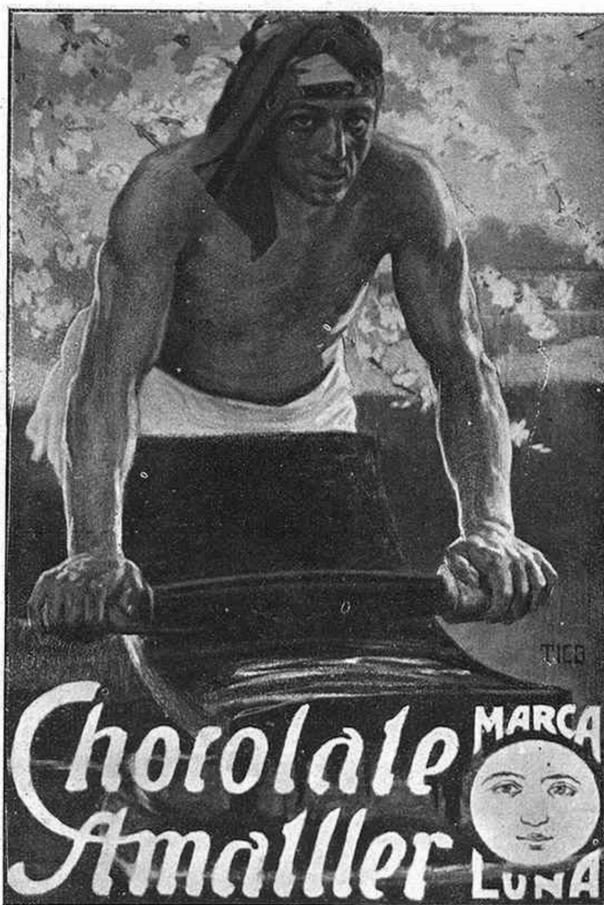
Todos los carteles presentados han sido expuestos al público en el Palacio de Bellas Artes.

No terminaremos esta nota sin enviar nuestra más sincera y entusiasta felicitación a la distinguida e ilustrada señorita Amatller, que al organizar



Cuarto premio, de D. Rafael de Penagos

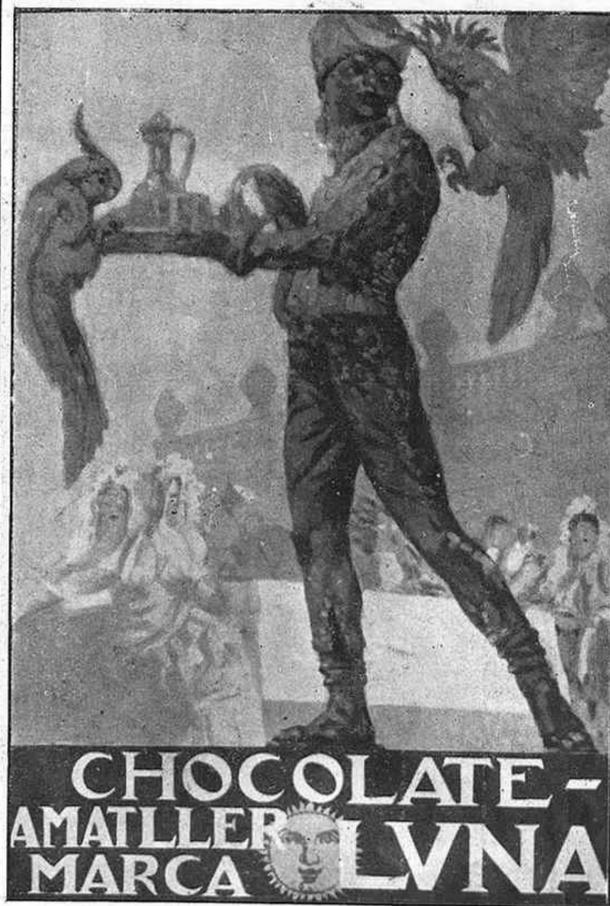
porque, de una parte, hay que reconocer que la cuantía de los premios, muy superiores a los que en esta clase de concursos suelen ofrecerse, era verda-



Quinto premio, de D. Vicente Climent

deramente tentadora, y de otra la respetabilidad de las personas designadas como jurados ofrecía todas las garantías de imparcialidad y de que no la recomendación y el favoritismo habían de inclinar la balanza, sino que, por el contrario, la recompensa había de ser para el verdadero mérito. Difícil hubo de ser la labor del Jurado antes de dictar su fallo, no sólo por el número extraordinario de las obras que a su examen se sometían, sino tam-

El fallo del Jurado ha sido el siguiente:

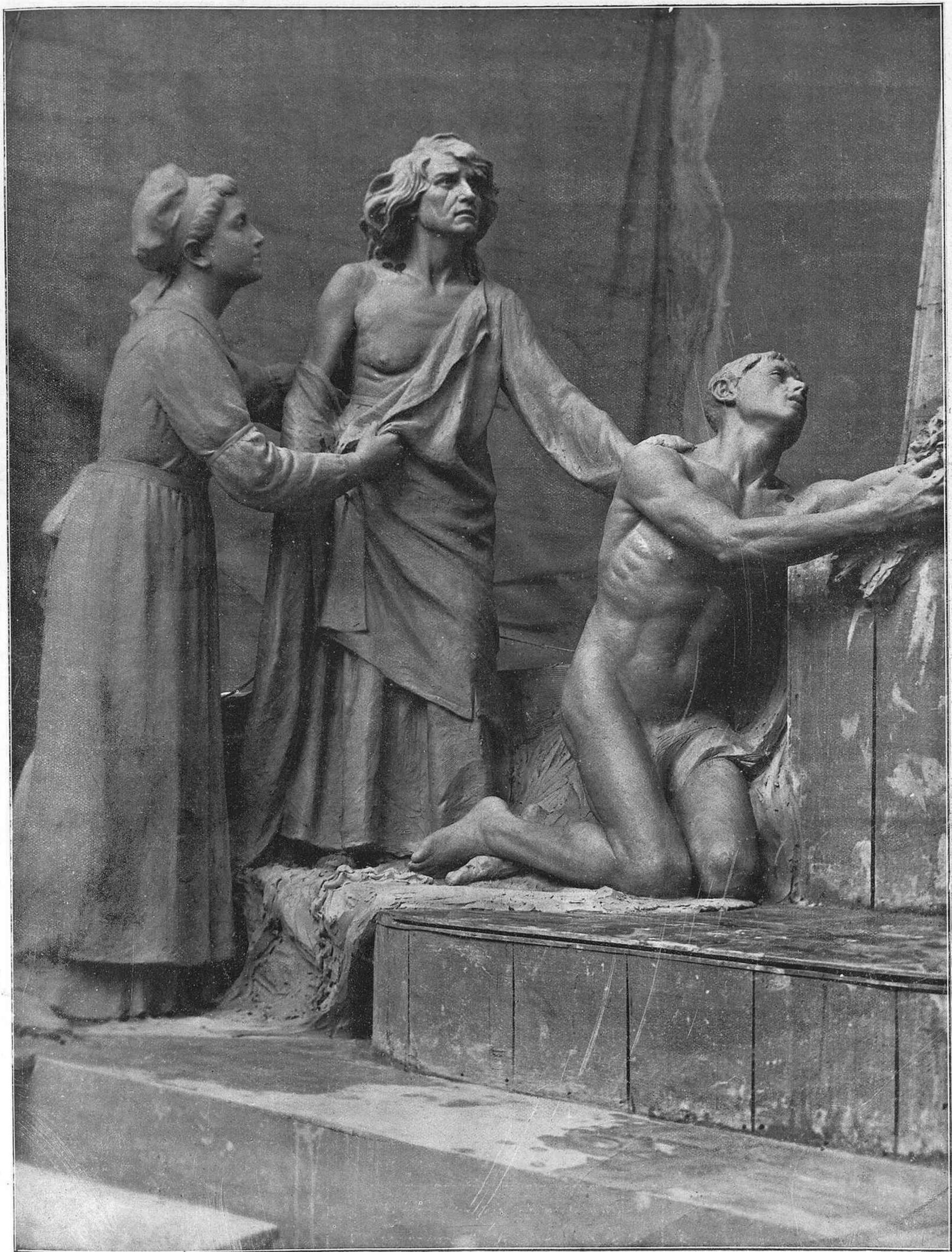


Sexto premio, de D. Francisco de A. Galí

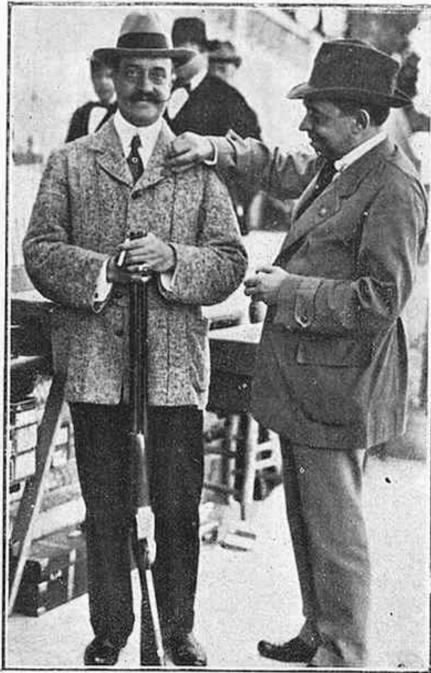
este concurso ha dado una nueva prueba de su exquisita cultura artística y de su desprendimiento en pro de las Bellas Artes.



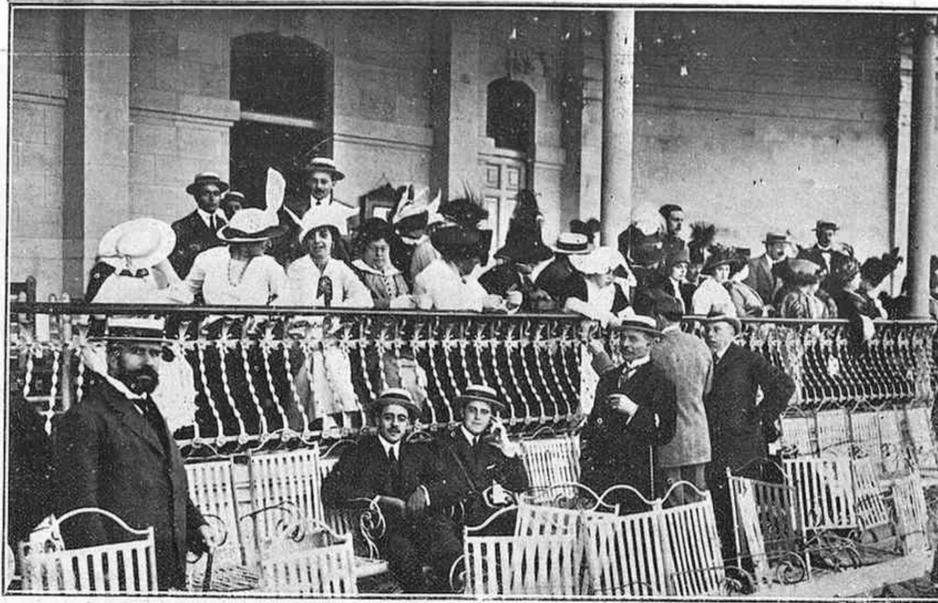
LA CIENCIA ESTUDIANDO LA MENTALIDAD HUMANA



Grupo que ha de figurar en el monumento y que representa a una enfermera quitando la camisa de fuerza a una loca



El Sr. Alvarez, ganador del premio de la Real Asociación de Cazadores y del campeonato de Barcelona.



Barcelona. Concurso de tiro de pichón
Vista de la tribuna del Tiro de Pichón de Miramar durante las tiradas



D. Francisco Solé, ganador del premio del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona. (De fotografías de nuestro reportero Merletti.)

efectuado en el Tiro de Pichón de Miramar unas tiradas extraordinarias, a las que han concurrido los mejores tiradores no sólo de nuestra capital, sino también de otras muchas ciudades españolas y que han sido presenciadas por numerosa y distinguida concurrencia. Durante todas ellas, el stand ofrecía un aspecto espléndido, pues en él se habían dado cita las damas más distinguidas y las más bellas señoritas de la alta sociedad barcelonesa, ataviadas con la más exquisita elegancia.

Entre los principales premios que se disputaron los tiradores figuraban el del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona y el de la Real Asociación de Cazadores con el Campeonato de Barcelona. Para el primero se inscribieron cuarenta escopetas, habiendo resultado vencedor y ganador, por consiguiente, de 3.000 pesetas y medalla de oro, el Sr. Solé, que de 15 pichones mató 14. Los señores Felfu y Laporta ganaron medalla de plata y 1.500 pesetas y medalla de plata y 500 pesetas respectivamente. En la tirada del campeonato tomaron parte 32 tiradores, habiendo vencido y sido proclamado campeón de Barcelona el Sr. Alvarez, de la Sociedad de Madrid, que llegó al pichón 20 con dos ceros y ganó, además, 3.000 pesetas y medalla de oro. Los Sres. Burés y Camino, de Barcelona y Sevilla, ganaron 1.500 pesetas y medalla de plata el primero y 500 pesetas y medalla de plata el segundo.

CONCURSO DE CICLOS NÁUTICOS

En el lago de Enghien, en las inmediaciones de París, se ha celebrado recientemente un concurso de ciclos náuticos, es decir, de aparatos que permiten evolucionar en los ríos y canales del mismo modo que evolucionan los ciclos terrestres en las carreteras. Para este concurso los aparatos habían sido clasifica-

Organizadas por la Real Asociación de Cazadores de Barcelona, se han dos en siete categorías y el número de concurrentes inscritos fué de 38. En la primera categoría (aparatos con flotadores y de propulsión acuática) salió vencedor el Sr. Louis, quien hizo el recorrido de 900 metros en 5 minutos, 49 segundos. El aparato tripulado por el Sr. Louis ha sido construido por éste, es sumamente sencillo y fácilmente manejable y se le considera como tipo del ciclo náutico, ligero, estable y rápido.

Después de unos ejercicios físicos realizados con mucha precisión por los niños, pronunciaron elocuentes discursos la directora de la escuela señora Sensat, el presidente de la comisión Sr. Juncal, el alcalde y el rector de la Universidad Dr. Carulla.

La escuela está admirablemente instalada en el hermoso parque y consta de un pabellón de comedores, despacho del médico, enfermería, pabellón de cocinas, pabellón de hidrotterapia, pabellón de clases, gimnasio y sala de música. Asisten a ella treinta y cinco niños y otras tantas niñas que reciben enseñanza completamente gratuita y a los cuales se les sirve además todos los días desayuno, comida y merienda.

Es, en suma, la Escuela de Bosque una institución montada a la altura de las mejores similares del extranjero y que honra al Ayuntamiento de nuestra ciudad.

AMPARO ITURBI

En la Sala Mozart de esta ciudad ha dado recientemente un interesante concierto la notable y joven pianista Srta. Iturbi, quien, además del *Carnaval de Mignón*, de Schutti, para piano, ejecutó varias composiciones de Bach, Mozart, Rameau y Paradisi en un pianocavecín, dotado del pedal-clavecín inventado por D. Eusebio Ventura y que permite obtener sonidos muy semejantes a los del antiguo y poético instrumento llamado clavicordio. La Srta. Iturbi demostró excelente tem-



Concurso de ciclos náuticos efectuado en el lago de Enghien, en las inmediaciones de París
El Sr. Louis en el aparato de su invención, con el cual ganó el primer premio de la primera categoría. (Fot. Photo-Reporter.)

BARCELONA. - LA ESCUELA DE BOSQUE DE MONTJUICH

El día 14 de este mes efectuóse la inauguración oficial de la Escuela de Bosque creada por el Ayuntamiento de esta ciudad en el Parque de Montjuich. El acto fué presidido por el alcalde accidental Sr. Vidal y Valls y a él concurrieron numerosos concejales, el rector de la Universidad, el inspector provincial de primera enseñanza y representantes de la Diputación provincial, del vicario capitular y de otras importantes entidades.

peramento artístico y absoluto dominio del mecanismo y fué aplaudida con gran entusiasmo.



Barcelona. - Inauguración oficial de la Escuela del Bosque, de Montjuich
(De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)



Srta. Amparo Iturbi, que recientemente ha dado en la Sala Mozart de esta ciudad un notable concierto de piano y pianocavecín. (De fotografía Novella.)

peramento artístico y absoluto dominio del mecanismo y fué aplaudida con gran entusiasmo.

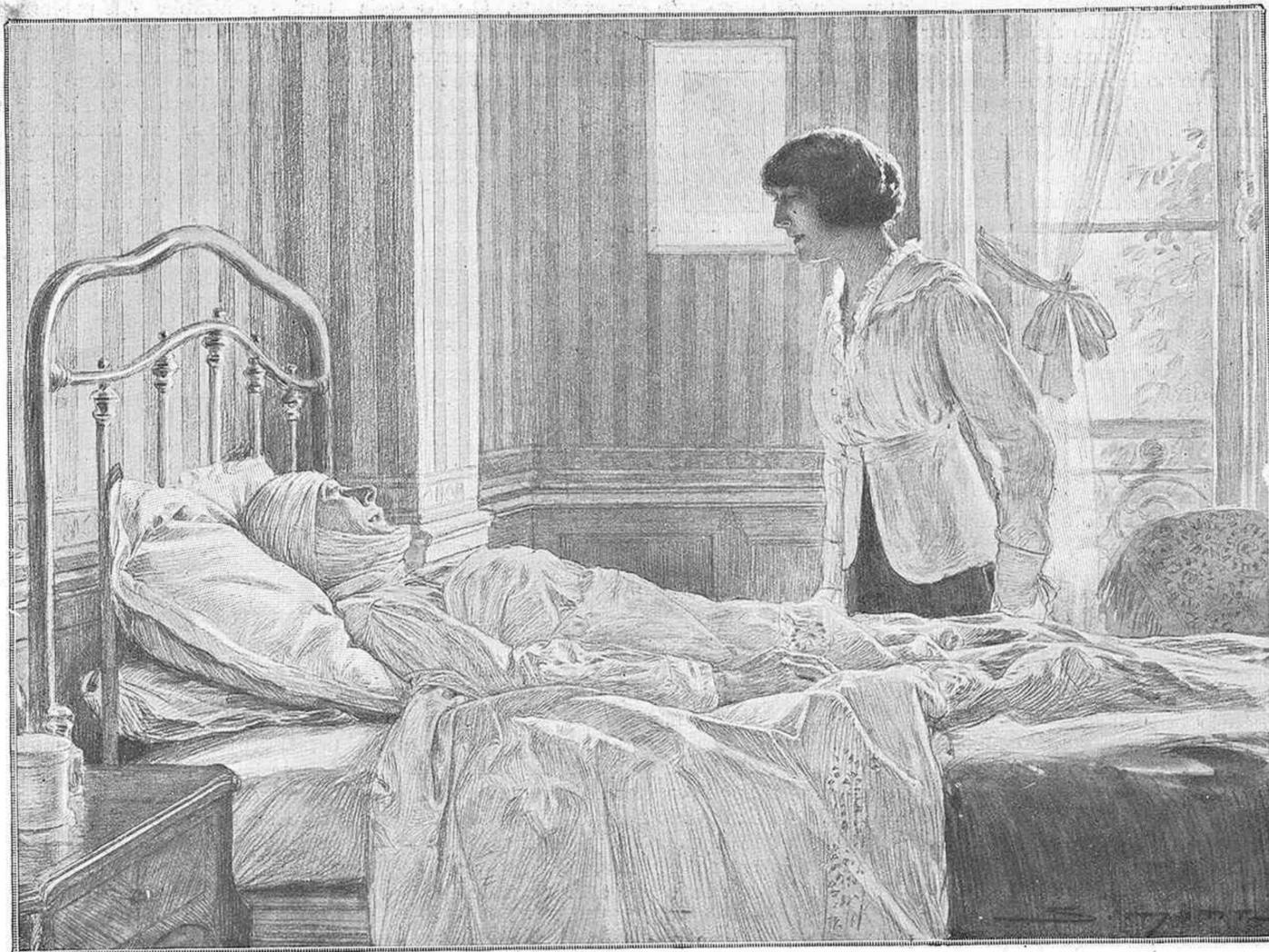
LA VICTORIA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO ACKER. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

- Era Magdalena, hijo mío, respondió la señora de Crayán. Yo, triste es confesarlo, no servía para nada... Yo no hacía más que llorar y desesperarme...

guir más aún; pero no se atrevía, dejándolo siempre para el día siguiente, en espera de una ocasión más propicia.

frecuentando los cafés conciertos y los teatros que habían vuelto a abrir sus puertas y contaba con un ingenio propio del *faubourg* las últimas novedades,



Andrés miróla pesadamente y luego murmuró: «¿Quién es usted?»

Magdalena ayudaba a la hermana y la reemplazaba a menudo. No he sido yo la que te he cuidado, sino ella...

- ¡Magdalena!, repitió él, asombrado.
- Es preciso que duerma, dijo el doctor.

Y, suavemente, le puso la cabeza sobre la almohada.

Convaleciente, Andrés gustó el placer de vivir.

En aquella habitación clara y luminosa, pasaban las horas sin apresuramiento; pero jamás semejantes a sí mismas. Por la mañana, por la ventana abierta, penetraban juntamente con los frescos aromas del jardín y los trinos gozosos de los pájaros los rayos del sol joven y radiante. Aquella vida que él hubiera sacrificado tan alegremente ¡cuán bella le parecía, no más que porque había estado casi a punto de perderla!

Todo le era entonces una alegría o un placer. Enemigo antes de dormir mucho, ahora saboreaba la voluptuosa pereza de un lento despertar y regocijábale al ver al través de los cristales el follaje familiar de los grandes castaños.

La hermana, al traerle el desayuno, se informaba de cómo había pasado la noche. Él amaba su paso silencioso, la sombra que esparcía sobre su rostro la blanca toca, su voz apacible y lenta, sus gestos habituales. Después entraba la señora de Crayán. Desde que estaba siempre en acecho de las palabras liberadoras del médico y seguía los progresos de la salud reconquistada de su hijo, descuidaba tanto los artificios acostumbrados del atavío y esmero de su persona que no parecía más que una mujer vieja, a quien no la importaban sus años y que ignoraba las conmovedoras gravedad de que la revestían las huellas del sufrimiento y su edad al fin visible.

Ella deseaba con toda la fuerza de un corazón angustiado que Andrés renunciase a sus antiguos proyectos. Él prometiéndola ir a reunirse con ella en el campo una temporada. Todas las mañanas al levantarse y al vestirse Andrés jurábase su madre con se-

Magdalena entraba después con los periódicos y la correspondencia. Antes de que abriese la puerta, Andrés presentíala; un ligero retraso de Magdalena llenábase de la más viva impaciencia. Al entrar siempre la miraba con el mismo asombro. Aquella muchacha que le había cuidado tan bien, que le seguía rodeando de tan delicadas atenciones, leyéndole, escribiéndole la correspondencia y que no se apartaba de su lado con el cariño y la solicitud de una amante hermana, ¿era la misma que él encontraba con desagrado y tedio en los salones de su madre?

Ella adivinaba siempre, sin necesidad de que él los formulase, sus más mínimos deseos; jamás sus manos delicadas, al quitarle o ponerle las hilas, le habían hecho el menor daño; en su sagaz vivacidad existía siempre una conmovedora reserva. ¡Cuán injusto había sido con ella! ¡Cómo burlóse de ella cuando se examinó de enfermera, y el primer herido en quien tuvo que emplear su ciencia fué él mismo en persona!

Todas aquellas muchachas que él detestaba tanto por el carácter independiente, los modales libres y la audacia ingenua de su manera de vestir, ¿ocultarían, como Magdalena, las mismas cualidades? Él, al verla, lo deseaba secretamente, pensando al mismo tiempo en un marido que la amara y la hiciera muy feliz. ¿Por qué no había de casarse con su hermano Pedro? Quizás así no la perdería del todo.

Daban las doce; las más de las veces almorzaban los tres en el cuarto en donde Magdalena ponía la mesa, menos cuando Andrés se sentía más fuerte, almorzando entonces en el gran comedor con los amigos de la casa.

Los días eran aún calurosos; el verano prolongábase en un hermoso mes de septiembre. Las tardes las pasaban en el jardín tomando el té bajo los árboles y haciendo música, en medio de una placentera animación. Visitábanle sus amigos, Le Dorat, oficiales, de cuando en cuando algún periodista, Rouard que aprovechaba aquellas inesperadas vacaciones,

Pacot llegó del Catois con su mujer y con sus dos hijas, la mujer con un gran ramo de flores y las niñas con uno más chico. Pacot no pensó ni por un solo momento vagabundear en París; una vez salvado Andrés reunióse con su familia.

¡Ah!, el accidente había armado un tole tole muy grande en la aldea. La tía Picquet lloraba y hacía novenas. Y la gente se agolpaba a las puertas de su casa en busca de noticias; el esclusero, el cura, los hornagueros, el maestro que, al hablar de aviación, exhibía vanidosamente ante los demás su copioso vocabulario técnico, el Sr. Silviano, el dueño del castillo, hasta el alcalde... Entretanto él cuidaba el hangar, el taller; todo estaba muy limpio y en buen orden. A pesar de eso se hubiera aburrido mucho a no haber llevado de París a un perro lobo, un soberbio animal que le había regalado un amigo. Había que ver lo inteligente y fiel para sus amos y lo terrible para los extraños que era aquel perro que se llamaba Flick. Podían dejar con toda tranquilidad a las niñas en la casa bajo la salvaguardia leal de Flick. No había pues temor de que las pasara nada. A buen seguro que Andrés le tomaría también mucho cariño.

Andrés escuchaba encantado a Pacot, cuyas flores cortadas en el jardín del Catois evocaban la tierra picarda.

- ¡Hasta muy pronto, Pacot!, le dijo Andrés estrechándole la mano. Otra vez tendremos sin duda más suerte.

La señora de Crayán oyó las últimas palabras de su hijo.

Saliendo del cuarto, casi desfallecida, llamó a Magdalena. ¿Sabía ella algo? La señora de Crayán la confesó que todos los días jurábase a sí propia arrancarle a Andrés, empleando el razonamiento y la ternura, la promesa de que no continuaría más sus experiencias, y la faltaba el valor, convencida como estaba de que no la haría caso. Andrés acababa de anunciar a Pacot su próximo regreso. No había pues

tiempo que perder. Pero de ella no haría caso; nunca lo había hecho. Mas en cambio de Magdalena no podía desoir en manera alguna los consejos, por razones de delicadeza y de gratitud.

Magdalena debía hablarle en nombre de la señora de Crayán; exponerle los deseos, los temores de la pobre mujer, lo que imploraba de su hijo... Magdalena sabría convencerle... La joven dudaba. Andrés habíase mostrado siempre con ella muy desdenoso... Antes ni siquiera admitía que se interesase por sus proyectos... Ella presentaba su gesto esquivo en cuanto empezase a hablar de ello... No obstante, no se atrevió a negarse a los reiterados deseos de la señora de Crayán.

Pronto se la presentó una ocasión.

Ya restablecido del todo y a punto de abandonar a Etampes, Andrés quiso subir hasta el campo de aviación. Para que el viaje no le fuera tan penoso y molesto, su madre tomó un coche en vez de un automóvil. Andrés iba en el fondo del coche, al lado de su madre, mientras que Magdalena ocupaba con Pedro la bigotera.

Los cuatro llegaron al campo de aviación mucho antes de la hora en que se había verificado el accidente.

El campo militar y el de Boulet se hallaban casi desiertos, pues la mayoría de los oficiales habían salido para las grandes maniobras y corrió a la sazón el circuito del Oeste. Penetraron en el campo en que nada revelaba ya el sitio donde estuvo a punto de matarse un hombre. Los que vieron a la víctima a sus pies se habían lanzado, al día siguiente, al asalto de la celeste inmensidad.

Magdalena dijo a Andrés:

— Aquí fué donde cayó usted.

Andrés miró hacia el sitio señalado por Magdalena.

— ¡Qué rápido fué todo ello!.. tres o cuatro segundos... Pero en semejantes momentos se decuplica la acuidad de los sentidos... Yo sentí que no funcionaba el aparato y quise oprimir el martinete y después... como todo aquello fué tan vertiginoso, se hizo una gran confusión en mi cerebro...; lo que sí recuerdo perfectamente es que vi una mancha blanca, un traje de mujer, allí, cerca de la barrera. Pregunté el otro día si era usted y el médico la prohibió que me contestara...

— Era yo.

— ¡Era usted! Lo pensé en cuanto vi el vestido... luego sobrevino la caída.

— ¿Y creyó usted que iba a morir?, le preguntó ella tímidamente.

— Sí, repuso él con sencillez. Y pensé también que era una muerte muy bella... En efecto, si debía morir, sería en el acto, sin sufrimiento y por haber intentado la realización de un ensueño.

— Es verdad, murmuró ella gravemente.

Entonces Magdalena, confusa, recordó su promesa. Su alma, sin embargo, se rebelaba contra ella. No solamente creía que era poco natural que ella hiciera las veces de la señora de Crayán, sino que su confianza juvenil resistíase a combatir la generosa idea que llenaba de noble exaltación el espíritu de Andrés.

Podía triunfar y ¡qué remordimiento tan grande turbaría su vida si se le hacía renunciar a ella, poniéndole a peligro de que otro descubriese lo que él con tan admirable tenacidad buscaba!

La señora de Crayán detúvose con Pedro y los dos jóvenes siguieron marchando. Magdalena, sin embargo, quiso cumplir su promesa.

— ¿Qué va usted a hacer ahora?

— Volver a empezar.

— ¿Quiere usted disuadirme?, añadió casi sonriéndose.

— ¿Yo?, dijo ella bruscamente, ¡no!

Ambos permanecieron silenciosos.

— Magdalena, dijo al fin Andrés, yo la he tomado a usted hasta ahora por una parisina frívola... Jamás olvidaré los cuidados que me ha prodigado usted... No debe usted guardarme rencor si es que antes...

— No le guardo a usted ninguno.

Y, de improviso, al oír el acento con que dijo aquellas palabras un poco triviales, tuvo miedo de sí misma.

IX

Como que Magdalena no se atrevió a hacerlo, fué la señora de Crayán la que habló con su hijo. La parecía que era un acto de demencia el que Andrés pensase en volver al Catois después de haber estado a punto de dejar en él la vida. Pero precisamente su derrota excitaba más en el alma del joven el afán de continuar sus pesquisas y hubiese apresurado su partida a no prohibírsele el médico.

Las súplicas y las lágrimas de la señora de Crayán conmovíanle, pero oponía a ellas una suave y cariñosa obstinación, y no deteniéndose en París más que el tiempo preciso para hablar con su constructor, regresó al Catois lo más pronto que pudo.

En cuanto hubo bajado del tren, mientras marchaba bajo los árboles, por el hondo sendero que conducía a su casita, los más varios proyectos atropellábanse en su cerebro.

Al construir su aparato tal como lo había concebido no se había engañado. Si el aeroplano, en vez de marchar contra el viento, giró sobre sí mismo, fué porque no bastaba con una sola hélice vertical; en todo caso, el principio sobre que basaba la construcción de su aparato era excelente. Quizás sería preciso añadir otra hélice o si conservaba la primera, contrariar su fuerza rotativa o no conservar más que la hélice horizontal, pero con un mecanismo que transformase su tracción en tracción vertical. Por culpa suya habíase construido con demasiada rapidez, descuidando los detalles tan importantes en el aparato modificado; debía proceder en adelante con una parsimoniosa prudencia.

La casa, con sus ventanas cerradas, parecía estar deshabitada. ¿Dónde estaba Rouard a quien había informado de su regreso? Andrés entró y abrió las ventanas; sobre la mesa del comedor veíase un mendrugo de pan negro al lado de una botella medio vacía, con el vino que contenía echado a perder; en el dormitorio el polvo cubría los muebles de una capa tenue; claro indicio de que la tía Picquet se había dejado arrullar por la pereza.

Andrés dirigióse al taller. Pacot, de codos sobre un banco, estudiaba un plano que había servido para la construcción del aparato.

— ¡Ah! ¡el Sr. Andrés!, exclamó con el rostro radiante de alegría. Vamos a trabajar, ¿no es eso? ¡Me alegro mucho! Por más que me decía mi mujer, yo me figuraba que allá, en Etampes...

Pacot no terminó la frase... Andrés, que le había comprendido, miraba con alegre emoción aquel taller, en el cual, como le dijo Pacot en Etampes, todo estaba limpio y en el orden más perfecto... Andrés preguntó por Rouard... Pacot no podía decirle gran cosa. Después del accidente estuvo una tarde en el Catois volviéndose a ir por la noche, diciendo que no volvería más que en el caso de que el patrón volviese... Se había llevado algunas de sus cosas. Pacot sospechaba que Rouard estaba ya harto del campo; pero no dijo nada a Andrés, temeroso de irritarle contra él, a quien tenía que estarle agradecido.

Por la tarde llegó Rouard; la carta de Andrés, dirigida al Catois, recibióla él en París, a donde se la expidieron.

Rouard escuchó mal humorado y mohino las explicaciones de Andrés. Aquel sistema de ruedas móviles, colocadas bajo las superficies no le habían inspirado nunca ninguna confianza. ¿Cómo aquella hélice única había de producir en un momento dado en vez de una tracción horizontal una tracción vertical? ¿Hubiera valido más perfeccionar el aparato, que reunía tantas ventajas y haberlo hecho aceptar por la autoridad militar; entonces sí que se habría ganado dinero.

A Andrés a quien no le sorprendían las palabras de Rouard, le parecía estar oyendo a Le Dorat. Este debía de haber visto a Rouard en París, e imbuyéndole en sus ideas, prometióle algún dinero si influía en el ánimo de Andrés en el sentido que deseaba el ingeniero. Rouard, además, se quejó de la aldea. En lugar de sentir como Pacot el accidente, prodújole una irónica satisfacción.

— Puedes irte si quieres, le dijo Andrés.

Rouard encogióse de hombros; en realidad no le disgustaba quedarse aún allí.

Empezaron de nuevo a trabajar, pero sin la fiebre ni la buena armonía de antes. Rouard se limitaba al papel pasivo de un mecánico asalariado y si Andrés le pedía su opinión o solicitaba su consejo, no formulaba más que objeciones.

No puede sufrirse, impunemente, al lado de uno, la continua presencia de un hombre que ha perdido la fe en el buen éxito de un trabajo. Su crítica y, más que todo, sus gestos y sus ademanes de cansancio o de indiferencia acababan por quebrantar la fe del que lo ha elegido por colaborador.

Andrés no había esperado nunca que Rouard compartiese todas sus esperanzas; pero en los primeros tiempos le alentaba la confianza bastante viva de Rouard y aunque éste fuese poco locuaz, una vez terminada la cotidiana labor, podía seguir hablando con él de sus proyectos.

Pero ahora Rouard evitaba estas largas conversaciones y si se veía obligado a ellas, no trataba de disimular el tedio que le causaban. Pronto no hubo entre los dos hombres más que los lazos que unen al

obrero con el patrono. Andrés conoció entonces algo que era más duro para él que el sufrimiento físico, y era la soledad moral.

Un domingo en que aquella soledad le apenaba más cruelmente que nunca, se encaminó a casa de los Pacot. Placiale sobre manera el refugio que le ofrecía aquel hogar, tan humilde y modesto como honrado y leal, donde el marido y la mujer vivían dichosos en tan reducido horizonte y donde todos le acogían con júbilo, hasta Flick; el perro lobo que le había tomado cierto cariño.

Andrés vió cómo atravesaban el puente. Los Pacot gustaban en los domingos que hacía buen tiempo — y aquel mes de septiembre era pródigo de unas tardes admirables — de pasearse con sus hijos por las orillas del Somme o por los caminos y senderos que bordeaban el pantano.

Pacot, con la pipa entre los labios, llevaba a Bernadette de la mano y su mujer empujaba el cochecito de Josefina, que iba dentro dormida; el perro iba detrás.

Andrés ocultóse para que pudiesen continuar su paseo y se apoyó en el parapeto del puente.

El Somme corría caudaloso entre sus frondosas orillas, sus sauces y sus alisos. El joven otoño comenzaba a sembrar los senderos con sus amarillos despojos y las hojas de los álamos tomaban un color cárdeno al paso que las de los álamos blancos conservaban aún su argentado matiz. El aroma embriagador de la menta silvestre llenaba el tibio ambiente con sus penetrantes efluvios. Un cuclillo lanzaba incesantemente al espacio, a intervalos regulares, su grito agrio y monótono; un tren rugió en lontananza. Rumores siempre iguales, y que sonaban a las mismas horas, ritmo de una vida que jamás cambiaba de aspecto y que aquella noche tenían una singular tristeza que resonaba dolorosamente en el corazón de Andrés.

Antes, un paseo por el pantano derramaba en todo su cuerpo como una fresca bienhechora. Todo le conmovía: el grito de un pájaro, la forma extraña de un sauce, el estremecimiento de los álamos blancos, el encuentro de un hornaguero encorvado sobre su vagoneta o de un pescador furtivo ocultando su presa. Hoy le abrumaba la melancolía. ¿Qué era lo que le faltaba? Nada, pero su existencia, que era la misma de antes, pesábase ahora. En Etampes, durante su convalecencia, ocupado en recibir a sus amigos, en hablar con Magdalena, en cuidarse, distraído con lo que él calificaba antes de bagatelas los días volaban aprisa... Pero aquel domingo le parecía interminable... Como que Rouard se había ido la víspera a París, Andrés estaba solo — solo como muchos otros domingos —, pero solo como jamás lo había estado hasta entonces.

Los Pacot le encontraron en el mismo sitio... El perro daba saltos haciéndole fiestas. Andrés, al principio no cambió con ellos más que palabras triviales. Por fin confesó que el día le había parecido interminablemente largo.

— Como no tiene usted ni amigos ni camaradas, le dijo la señora de Pacot. Está usted muy solo.

Habían llegado a la casa.

— ¿Quiere usted pasar, Sr. Andrés?, le preguntó la señora Pacot.

— Con mucho gusto, respondió Andrés.

La señora Pacot anudó un delantal a la cintura de Bernadette y sentó en su silla a Josefina. La sopa cocía a fuego lento en el hornillo de la cocina. Sentada ante Josefina, con una cuchara en la mano, empezó a darla de comer; la niña abriendo una boca muy grande engullíase de un golpe la cucharada; el perro, inmóvil, sobre sus piernas de atrás, contemplaba gravemente a la madre, a la cuchara y a la niña. Bernadette se apoyaba suavemente en las rodillas de Andrés.

— Yo, Sr. Andrés, le dijo Pacot mientras atiborraba su pipa de tabaco, cuando estoy al lado de mi mujer y de mis hijas no me aburro nunca. En el taller estoy también siempre contento, porque trabajo para ellas; cuando termino mi trabajo me siento siempre alegre porque voy a verlas. En este momento no hay hombre más dichoso que yo.

La señora Pacot se quedó mirando a Andrés.

— Debía usted casarse, Sr. Andrés.

— ¡Casarme yo!, exclamó tan vivamente Andrés que hizo retroceder a Bernadette asustada. Yo no he nacido ni para el amor ni para la mujer ni para los hijos. Quiero estar libre. Cuando un hombre ama es un hombre disminuido, porque el amor le domina. Y si ese hombre ha consagrado su vida a descubrir algo que sea una gloria o un bien para la humanidad, es hombre al agua.

— No le comprendo a usted, Sr. Andrés, dijo Pacot encendiendo su pipa.

— Es muy sencillo... Yo no comprendo que se

pueda casar uno con una mujer si no la quiere, contestó francamente Andrés.

- Tiene usted razón.

- Pero si uno la ama ya no es dueño de sí mismo. Hay que dedicarla una cantidad de tiempo que antes se consagraba al trabajo, y si nos exige que nos cuidemos algo más de ella, hay que complacerla puesto que la amamos... y cuando uno ama quiere también ser amado... Sin darse cuenta le desvía a uno de su trabajo, hasta que llega el día que exige una renunciación absoluta. ¡Cuántos aviadores han tenido que jurarles a sus amadas no volar más!.. El amor hacíalos traidores a sí mismos. Imaginaos a una mujer, a mi mujer aquí..., yo siempre en el taller o en el campo de aviación..., ella encerrada en la casa sin amigas, sin distracciones... Y al cabo de un mes, querría irse... Entonces si yo la amaba...

Pacot, incrédulo, hacía gestos negativos con la cabeza. No comprendía aquellas sutilidades sentimentales de Andrés. Alegrias y triunfos, todo lo compartía él con su mujer... Ella le había dado un hogar, hijas para que recreara sus ojos, un corazón leal y fiel que le consolaba en sus penas, y con sus tribulaciones; era la compañera sin la cual no se sentiría con fuerzas para vivir. Ella no tenía ni distracciones ni amigas y, sin embargo, era dichosa.

La señora Pacot, que era más ladina, había escuchado a Andrés con atención.

- Usted, Sr. Andrés, habla como si su mujer no le amase. Si ella le ama todo le será fácil. Si Pacot hubiese querido ser piloto, yo no me habría opuesto nunca... Hubiese ocultado mi terror... Y si, afrontando la muerte, hubiera intentado llevar a cabo, como usted, algo magnífico, no me habría creído con el derecho de impedirlo, encontrando en mí, si no consejos, un perseverante estímulo... Hubiese querido que me interese en sus empresas, resultando de ello algún bien para su logro lisonjero. Cuando se ama, se es siempre dichosa, no importa dónde, con el hombre que se ama... ¿Cree usted que si yo no amase a mi marido me gustaría tanto esto?

El perro apoyaba en el brazo del joven su afilada cabeza.

- Usted, señora, dijo Andrés acariciando al perro, es una excepción. Sí, sí... Entre cien mujeres no se hallarían dos que se le parecieran a usted... Pues bien, yo también soy una excepción..., yo no debo vivir como los demás hombres.

Ella le miró con aire dulce reconvencción.

- Es usted muy orgulloso y ese orgullo le hará sufrir mucho, Sr. Andrés, permítame usted que se lo diga. Un hombre, por muy inteligente que sea, no puede ser dichoso, viviendo solo, sin mujer y sin hijos.

- ¡Oh! ¡los hijos!, murmuró Andrés.

- No diga usted eso, Sr. Andrés, replicó Pacot. ¿Qué hay en el mundo que pueda regocijar más nuestro corazón que un niño, un hijo nuestro que comienza a balbucear, a marchar?... Por ellos es por quienes se trabaja... Si no, ¿para qué? Todo lo que viene de ellos nos llena la existencia: sus juegos, sus alegrías, sus enfermedades... Usted también los quiere... si no le diga Bernadette.

Oyóse sonar una sirena de automóvil muy cerca. Andrés se puso de pie.

- Quizás sean sus parientes o amigos, repuso la señora Pacot.

Una *limousine* gris bajaba la calle. Un caballero anciano y una dama de edad ocupaban el cupé.

- Son los señores de Silvien, dijo Andrés con desencantado gesto.

No obstante Andrés no ignoraba que su madre estaba en Alsacia.

La señora Pacot le miraba a hurtadillas, melancólica y maliciosa a la vez, porque mejor que él mismo penetraba la causa que le traía tan desasosegado e inquieto.

X

Andrés volvióse a su casa, estupefacto.

Lo que él había buscado detrás de los cristales de aquella *limousine* era el rostro de Magdalena.

Como que la señora de Crayán estaba en Alsacia, donde debía reunírsele Magdalena, si es que ya no lo había hecho, se puso a esperar de pronto, que su madre llegaría con Magdalena.

Magdalena... Magdalena...

¿Por qué había pensado, tan de repente, en Magdalena?

Desde su salida de Etampes, siempre que pensaba en ella era únicamente con gratitud, impregnada de una suave emoción... Y, súbitamente, había sentido aquel deseó violento de volver a ver su rostro, sus claros ojos, sus cabellos ondulantes y castaños, su cuerpo grácil y ligero...

¿Qué misterio se realizaba en él, lento y oscuro que había hecho brotar aquella inesperada chispa de su espíritu?

Recorriendo las tres habitaciones de que se componía su casa, se esforzaba por darse cuenta de lo que pasaba en su corazón...

En Etampes, cuando empezó a revivir había saboreado una alegría muy dulce y nueva..., una alegría que se originaba de la muerte evitada, de la sangre más vigorosa que circulaba por sus venas, de sus esperanzas renacientes; una alegría que no podía ser más natural.

Enternecido, su memoria evocó por un momento aquella casa tan sosegada y tan tranquila donde se había curado, el blanco dormitorio, el jardín y sus hermosos castaños; por un momento vio la imagen de Magdalena a la cabecera de su cama, inclinándose hacia él bella y cariñosa.

¡Qué impaciente emoción la que él sentía, al abrirse la puerta y al entrar ella en la estancia! ¡Con qué arrobó y asombro la contemplaba! ¡Cómo amaba el sonido de su voz! ¡Y qué bella estaba!

Jamás le hermosura de Magdalena le había conmovido tanto como ahora que se acordaba de ella. ¡Ah!, hallábase mucho mejor con su indiferencia de antes. Cuando servía en su regimiento no hacía más que pasar una mujer por su lado y le arrastraba casi al abismo. Cinco años más tarde, cuando se jactaba de haber dominado su corazón y sus sentidos, pasaba otra mujer por su lado que le llenaba de turbación y sobresalto, y la cual le había parecido durante mucho tiempo el tipo más detestable de la joven moderna.

Sin embargo no se alarmó por eso. Herido, débil, enfermo, convaleciente más tarde y víctima de la languidez que siempre la acompaña, había sufrido la fácil influencia que ejerce una mujer joven y bonita que está siempre a su lado, que nos vela, que nos prodiga innúmeros cuidados, que alegra nuestras horas y nos muestra siempre un semblante fresco y solícito...

No se alarmaba; sentía una sorda irritación, al asaltarle una sospecha... ¿La señora de Crayán, que tenía la idea fija a su hijo, no habría preparado aquella continua presencia de Magdalena? Entonces Magdalena se habría prestado a aquella maniobra...

¡Era imposible!, la joven de Etampes era leal y honrada, incapaz de ningún ardor. Si en otros tiempos fué injusto con ella, hoy reconocía su mucho valer... Pero casi inconscientemente la señora de Crayán habíase servido de ella para el logro de su designio y Andrés, deprimido por la enfermedad, dejaríase seducir por la gracia seductora de Magdalena, se casaría con ella y Magdalena le haría renunciar a la aviación. ¡Cálculo excusable en una madre y que atribuía injustamente a la suya!

Por fin veía claro y a tiempo para volver a ser el dueño de sí mismo. La señora de Crayán le recordaba en una carta reciente su promesa de ir a reposar unos días, o algunas semanas, a su lado, en Alsacia. Añadía - este recuerdo le pasó por el espíritu - que Le Dorat, retenido en París a causa de negocios muy complicados, seguía deplorando que Andrés no siguiese sus consejos - y con pesados insistencia, como si el ingeniero contase particularmente con aquel asunto...

Pues bien, escribiría en el acto a su madre que no iría a Alsacia, no por el temor de encontrarse allí con Magdalena sino por el demostrar que continuaba siendo un salvaje, resuelto a vivir en la más completa soledad.

¡La soledad! Sus pasos resonaban, en efecto, solitarios sobre el pavimento mientras se carbonizaba la mecha de la lámpara. En medio de aquel gran silencio de la noche que estaba muy avanzada, no se oía más que el ruido del agua al escaparse de la esclusa. Andrés hablaba consigo mismo en alta voz. Al notarlo se calló lleno de confusión. Su corazón latía de prisa; tomóse el pulso y vio que era muy fuerte. Sentóse entonces y poniendo su reloj encima de la mesa contó sus pulsaciones: noventa y seis por minuto; pero, en vez de alarmarse, levantóse muy alegre. ¿Qué sutiles explicaciones buscaba para justificar su estado ante sus ojos? Tenía un acceso de fiebre como había tenido otros durante su convalecencia... Lo insoportable que había ejercido en su espíritu Magdalena, su fiebre explicaba también su tristeza, las ideas que se atropellaban en su cerebro, y hasta aquella insensatez de hablarse en voz alta a sí mismo. Un poco de quinina y cesaría instantáneamente la fiebre.

La entrada de Rouard le trajo una bienhechora distracción. En otras circunstancias hubiérase fijado en la expresión de tedio del rostro de Rouard, en su

entrecejo fruncido, en la mueca de disgusto que contraía su labio inferior; pero dando al olvido a Magdalena, su tristeza y su soledad, no habló más que de su aparato.

Andrés desarrolló con trémula nerviosidad un proyecto que había concebido en aquel mismo instante. Construir primeramente un pequeño aparato, casi un juguete, que reprodujera en reducción el gran aparato que había volado en Etampes y que pudiendo volar solo desplegara a escasa altura, por medio de un resorte distendido, fuera de las alas fijas sus alas móviles, y haciendo con él minuciosas experiencias en el campo del Catois... Un plano trazado sobre el papel era muy engañoso. En cambio, sobre aquel modelo podría estudiarse con toda exactitud el buen funcionamiento de las hélices y de las alas. El no construiría ningún gran aparato hasta que el pequeño no hubiese dado resultados prácticos y positivos... Estarían en el Catois varios años si preciso fuere...

Rouard escuchóle durante unos cuantos minutos con inquieta atención y después encogióse de hombros. Con una sonrisa irónica en los labios, sentado en el borde de la cama, con un cigarrillo en la mano dejábase hablar sin responderle, como se hace con un enfermo, cuyo delirio en vano se pretende atajar. Andrés continuaba hablando y no hubiese parado en toda la noche si Rouard, cansado de fumar, no se hubiera acostado y dormido.

Al día siguiente y no había rastro en Andrés de aquella fiebre. Tranquilo, pasó toda la mañana en el taller con Pacot; a eso de las diez, sorprendido al no ver comparecer a Rouard por allí, envió a buscarle a Pacot. Rouard no estaba en la casa; la tía Picquet le había visto atravesar el puentecillo y dirigirse al campo de aviación.

Al volver Andrés a la casa antes del mediodía se encontró con Rouard que estaba haciendo tranquilamente su maleta.

- ¿Adónde vas?, preguntóle.

- Me voy, dijo Rouard. Me vuelvo a París y no fué porque creí que no era más que para unos meses. Ahora, hablas de pasar aquí todo el invierno, todo el año que viene y el otro y quién sabe si toda la vida y ¿para qué? No, no puedo. Me moriría de fastidio. Me voy.

- Andrés no trató de disuadirle.

- ¿Y cuándo te vas?

- Esta tarde, en el expreso de las tres. Puesto que estoy decidido a irme, cuanto más pronto mejor.

- Como quieras, dijo Andrés.

Y abriendo un cajón de su cómoda sacó una cartera.

- Ahí tienes el sueldo de este mes.

Y salió.

Un movimiento espontáneo le impulsó hacia Pacot para comunicarle aquella noticia.

- Me lo figuraba, Sr. Andrés, dijo Pacot. Pero no importa, usted y yo nos bastamos.

Pacot no perdía casi nunca su tranquilo y sereno arrojo.

La señora Pacot puso sobre la mesa un guisado de carnero.

- ¡Qué buena cara tiene!, dijo Andrés.

- Pues tendremos mucho gusto en que almuerce usted con nosotros, Sr. Andrés.

Andrés se sentó.

Bernadette estaba a su lado; él le cortaba pan, le daba de beber y cambiaba con ella cariñosas sonrisas.

- ¡Ah! ¡Sr. Andrés!, dijo la señora Pacot, tiene usted el alma de un papá.

El no dijo nada; estaba entonces pensando en Rouard.

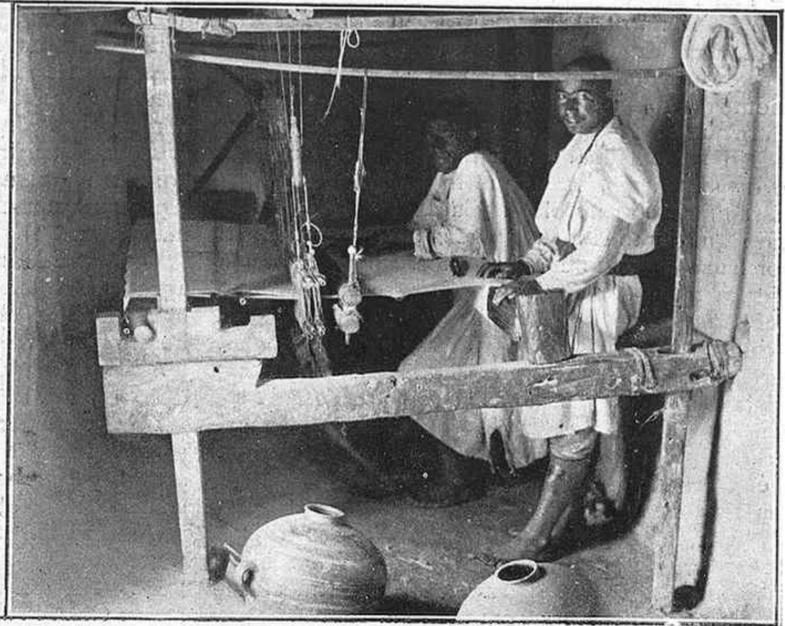
Rouard a quien él acababa de pagar como a un obrero despedido no era sin embargo un obrero igual a los demás. Andrés recordaba el pequeño restaurante del *quai* Nacional donde él le había contado a Rouard su existencia y los planes que abrigaba para el porvenir... era su camarada..., casi su amigo..., tantos recuerdos comunes uníanlos el uno al otro, durante aquellos tres años que vivieron juntos en el taller y en los mítines de aviación... En aquel pequeño restaurante no fué a un obrero a quien contrató sino a un colaborador... y en verdad que no se había engañado: Rouard era un colaborador no se había experimentado. Andrés recordaba sus consejos y sus objeciones siempre atinadas y justas. Pero se engañó al creer que Rouard parisiense del *faubourg*, colonial disgustado de la colonial porque no le enviaban a las colonias, podría desterrarse mucho tiempo en un rincón de provincias; y nada más natural que Rouard quisiese marcharse. Pero él no debía, no podía dejarle irse así.

(Se continuará.)

LA INDUSTRIA EN EL RIF. EN LAS MÁRGENES DEL RÍO KERT. (Fotografías de Lázaro.)



Mora hilando lana para tejer los jaiques



Moros tejiendo jaiques

Las fotografías de donde están tomados los grabados que publicamos en esta página han sido obtenidas recientemente por el distinguido aficionado de Melilla D. Carlos Lázaro en una excursión efectuada a las orillas del río Kert y reproducen escenas típicas de la cabila de Beni Sidel, que habita junto al expresado río.

Los clisés, según pueden apreciar nuestros lectores, son verdaderamente notables desde el punto de vista artístico; pero, además, tienen no pequeño interés en el concepto etnográfico, por cuanto nos dan a conocer aspectos hasta ahora poco vulgarizados de la vida, costumbres, usos, industrias, etc., de los cabileños.

Las cabilas que habitan aquella región han vivido hasta hace poco, y en parte continúan viviendo todavía, en un aislamiento casi absoluto, defendiendo por cuantos medios están a su alcance sus poblados y sobre todo sus hogares, contra la indiscreta curiosidad de los europeos; y esta circunstancia presta mayor valor a las fotografías hechas por el Sr. Lázaro, quien ha conseguido penetrar en aquellos aduares y sorprender a sus habitantes en las intimidades de su existencia doméstica, ofreciéndonos luego, como resultado de su información, una serie de vistas que a su cualidad de pinto-

rescas juntan el interés de lo ignorado o cuando menos de lo poco conocido.

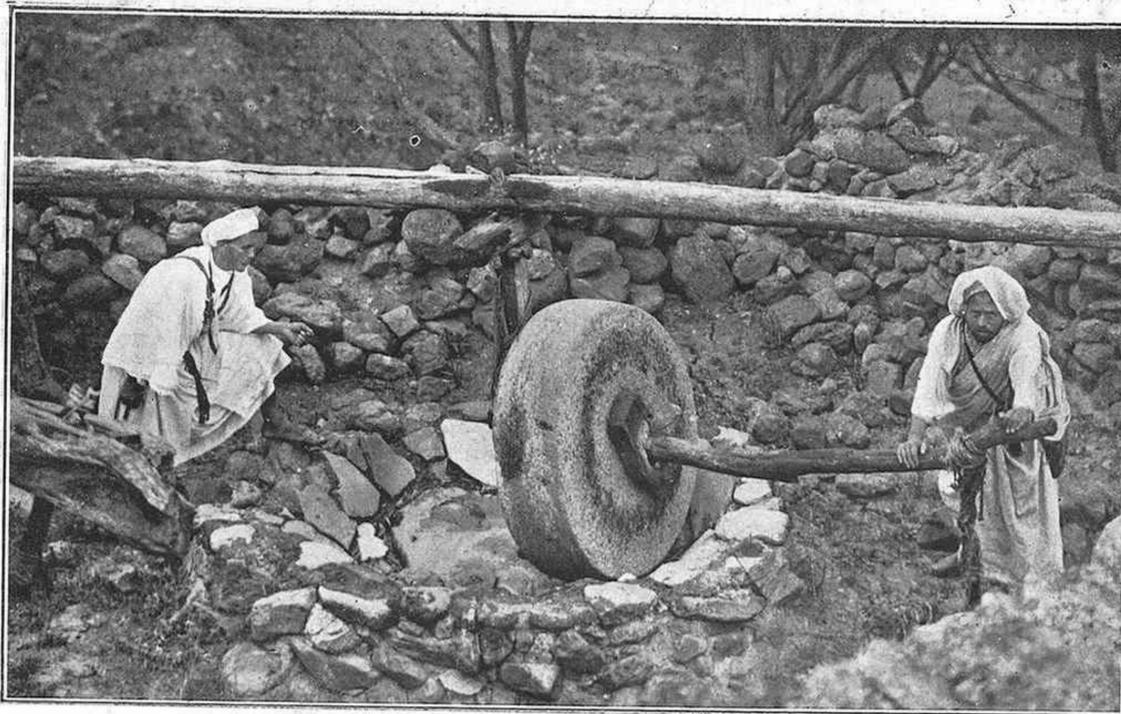
Cada una de estas fotografías es un verdadero cuadro de tanto mayor atractivo cuanto que no hay en él artificio alguno, sino que es la copia fiel y exacta

aún los efectos beneficiosos del progreso humano.

Todo en aquellos pueblos es punto menos que rudimentario y para cerciorarse de ello bastará echar una ojeada a los grabados adjuntos. Nadie diría al ver los procedimientos que emplean en el ejercicio de las principales industrias, de las que sirven para atender a las más apremiantes necesidades de la vida, que los países en donde tales gentes habitan son contiguos a otros en los cuales se disfruta de todas las comodidades y de todas las ventajas de la cultura moderna.

Hasta ahora la hostilidad con que los cabileños de aquellas comarcas han mirado a los europeos, a quienes han considerado como enemigos, ansiosos de conquistar sus tierras y de destruir sus creencias y sus costumbres, ha sido causa de que no quisieran asimilarse ni reconocer siquiera los bienes de la civilización; pero es indudable que el día en que se desvanezcan en ellos tales recelos y se convengan de que no con miras de conquista ni con propósitos destructores, sino movidos por más altos ideales se

acercan a ellos aquellos a quienes está confiada tan alta misión en Marruecos, aceptarán en buen grado lo que hoy rechazan y no tardarán en ser amigos' de los mismos a quienes hoy odian y temen.



Moros moliendo aceitunas para extraer el aceite

de la realidad, con toda la belleza en que se nos ofrece en los pueblos de costumbres casi primitivas, no alteradas todavía por la influencia de la civilización y en cuyas industrias no se han dejado sentir



Costumbres moras. Santón llamando desde la mezquita a los fieles mahometanos para que acudan a la oración de la tarde. - Panaderos en las márgenes del Kert: moros cocinando pan de cebada en un horno

EL NUEVO MINISTERIO FRANCÉS

Poco después de las elecciones generales efectuadas recientemente en Francia, el Gabinete Doumergue presentó la dimisión que le fué aceptada por el Presidente de la República.

Después de una crisis laboriosa, durante la cual fueron llamados al Elíseo los principales hombres de la política francesa y después de fracasadas las tentativas hechas por algunos de éstos, el Sr. Poincaré confió el encargo de formar Ministerio al Sr. Ribot, quien logró constituir un Gabinete de altura en el que figuraban estadistas eminentes y que fué acogido con verdadera satisfacción no sólo en Francia sino también en el extranjero.

Pero al presentarse el nuevo Gobierno ante la Cámara de los Diputados fué derrotado en la primera votación por una considerable mayoría y el Sr. Ribot presentó inmediatamente al Presidente la dimisión del Ministerio.

Llamado el Sr. Viviani, que en la anterior crisis había tenido que declinar el encargo de formar Gabinete, a las doce horas presentaba al señor Poincaré la lista del nuevo Ministerio, que fué aceptada.

El nuevo Gabinete lo constituyen los ministros y el secretario de Estado cuyos nombres figuran al pie del adjunto grabado y además, como subsecretarios de Estado de Bellas Artes, Negocios Extranjeros, Interior y Marina Mercante, los señores Dalimier, Ferry, Jacquier y Ajam.

El presidente del Consejo y ministro de Negocios Extranjeros, Sr. Viviani, es argelino y nació en 1862. Abogado y periodista notable, fué elegido diputado por vez primera en 1893,

afiliándose al partido socialista unificado que acaudilla el señor Jaurés hasta el Congreso de Amsterdam, después de lo cual fué ministro del Trabajo y el Ministerio de Instrucción pública en el primer Gabinete Briand y últimamente de Instrucción pública en el gabinete Doumergue. Es de ideas muy extremadas y uno

Independencia. Es, además de político, notable folklorista y literato y ha publicado, con el seudónimo de Mauricio Boukay, numerosas poesías.

El Sr. Thomson fué ministro de Marina con Rouvier (1905), Sarrién y Clemenceau (1906), y es hombre de gran influencia parlamentaria.

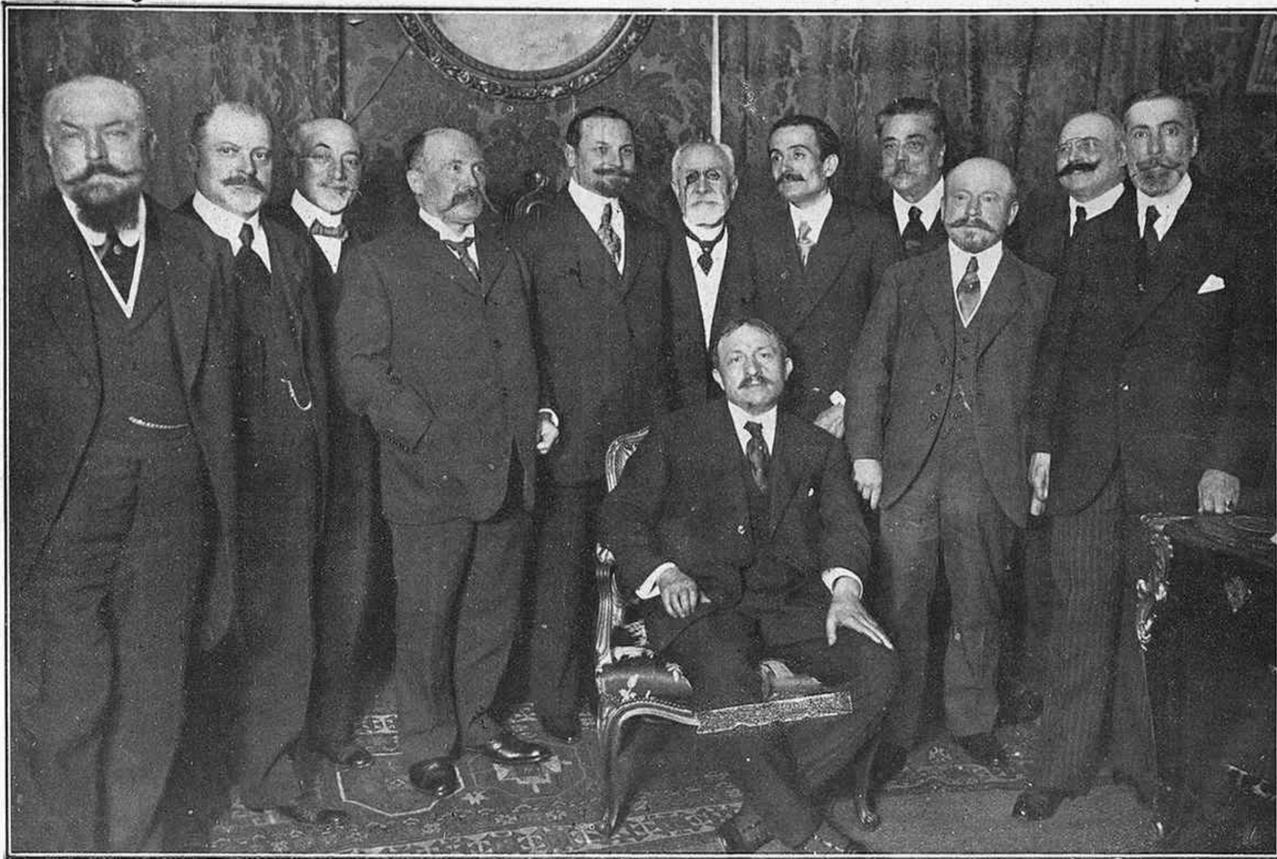
El Sr. Messimy, nacido en 1869, ha sido excelente periodista y ministro de la Guerra en los gabinetes Monis y Caillaux.

El Sr. Augagneur, médico eminente y excatedrático de la facultad de Medicina de Lyon, se distinguió como gobernador general de Madagascar y fué ministro de Obras Públicas con Caillaux.

Los demás ministros, Sres. Raynaud, Gauthier, Noulens, David, Martin, Malvy y Renault, formaban parte del gabinete Doumergue; algunos conservan las mismas carteras que en aquél desempeñaban, otros han pasado a otros departamentos.

La composición del actual ministerio es la siguiente: once radicales socialistas, los ministros Sres. Martin, Gauthier, Couyba, Renault, Malvy, Noulens, Messimy y Raynaud y los subsecretarios Sres. Jacquier, Dalimier y Ajam; dos republicanos socialistas, los ministros Sres. Viviani y Augagneur; y cuatro radicales de la izquierda, los ministros Sres. David y Thomson y los subsecretarios Sres. Lauraine y Ferry.

Como se ve, el gabinete Viviani lo constituyen elementos de los partidos más avanzados. La opinión, en general, así en Francia como en el extranjero, lo ha recibido con hostilidad o a lo menos con gran reserva; la Cámara, en cambio, ha aprobado por una gran mayoría la declaración ministerial.



El nuevo ministerio francés presidido por el Sr. Viviani reunido en casa de éste inmediatamente después de su presentación en el Elíseo. - Sentado: Sr. Viviani (Presidencia y Negocios Extranjeros). De pie, de izquierda a derecha: Couyba (Trabajo); Raynaud (Colonias), Gauthier (Marina), Noulens (Hacienda), David (Agricultura), Martin (Justicia), Malvy (Interior), Thomson (Comercio), Lauraine (Subsecretario de Estado en la Guerra), Messimy (Guerra), Renault (Obras Públicas). En esta fotografía falta el retrato del Sr. Augagneur, ministro de Instrucción Pública. (De fotografía de M. Rol.)-

de los más constantes y ardientes defensores del laicismo.

El Sr. Couyba, ministro del Trabajo, nacido en 1866, es senador por el Alto Saona y fué ministro de Comercio en el gabinete Caillaux (1911); como tal asistió a las fiestas que se celebraron en Zaragoza en conmemoración de la guerra de la

ENFERMEDADES URINARIAS, DIABETES, ALBUMINURIA, RINONES, VEJIGA, MATRIZ, OVARIOS, MALES SECRETOS, IMPOTENCIA, TOS, BRONQUITIS, HEMORROIDES.

Si padecéis una de esas enfermedades, pedid inmediatamente, *indicando vuestra enfermedad*, al Dr. Damman, rue Trône, 76; Bruselas, (Bélgica), o a la farmacia de J. Segalá, Rambla de las Flores, 4, Barcelona, uno de los folletos número 29, y tendréis el medio de curaros en seguida completamente mediante nuevos extractos de plantas, aunque vuestra enfermedad sea antigua y calificada de incurable.

PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
B^o St-Denis, 16
Casa CANDES

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DOCTORES JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

NUEVA REIMPRESION
FABULAS DE ESOP
traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. - Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. - Su precio: 18 pesetas.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

LUZ Y SOMBRAS
Novela, por lord BULWER-LYTTON
Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero. El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, París.

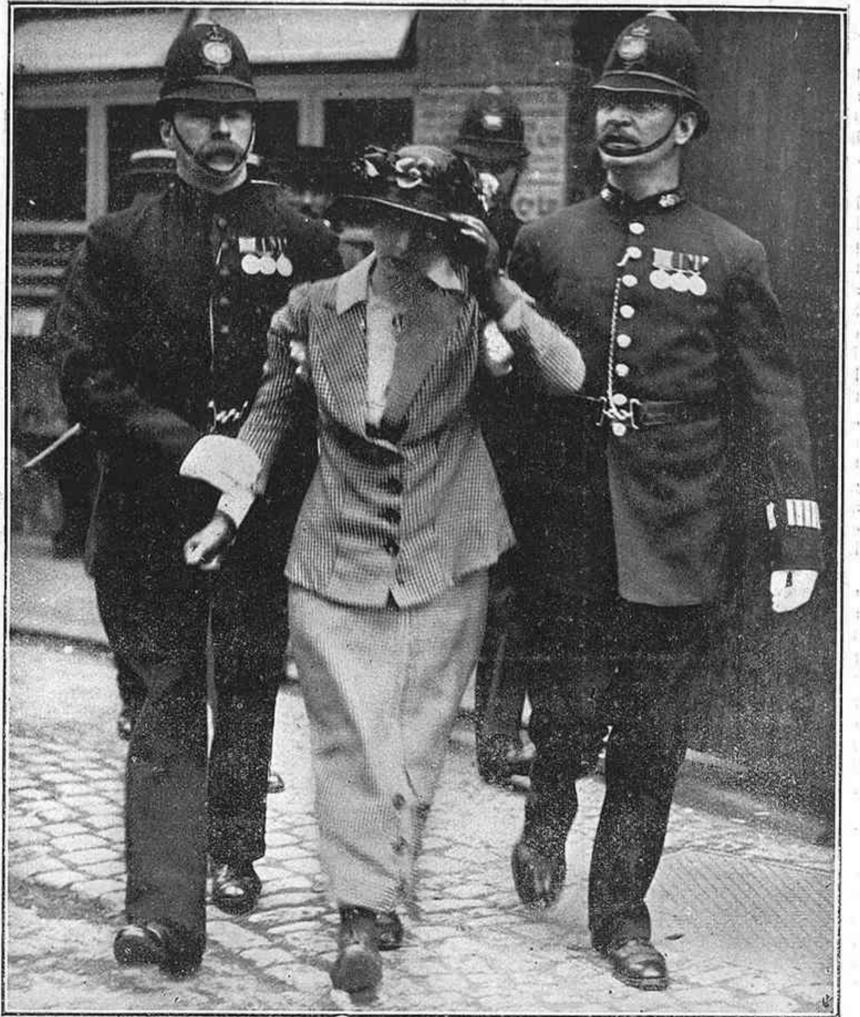
ZEISS GEMELOS
PARA VIAJE, DEPORTE Y CAZA
PÍDASE EL PROSPECTO «T. 224»
De venta en todos los Establecimientos de Óptica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín - Hamburgo - Milán - Londres
París - San Petersburgo - Viena - Tokio

Jabón líquido **PRINCESA**

Es el más suave y el único que debe usarse para la cara y el cabello. Es el mejor preservativo de las enfermedades de la piel. Insustituible para la toilette de las personas de cutis delicado, especialmente las criaturas recién nacidas. Nunca irrita. Preciso en todo lavado.
MEDALLA DE ORO
DE VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y PERFUMERÍAS IMPORTANTES. DOS PESETAS FRASCO
VENTA AL MAYOR: J. VIÑAS CAMPAÑA. ARAGÓN, 166. - BARCELONA

LONDRES. - NUEVAS HAZAÑAS DE LAS SUFRAGISTAS

(De fotografías de London News Agency Photo.)



Dos sufragistas expulsadas del concurso hípico de Olympia por haber tratado de interpelar a SS. MM. que asistían al espectáculo

Las sufragistas inglesas no cesan en su campaña de escándalos y violencias, y a pretexto de defender lo que ellas califican de reivindicaciones de los derechos de la mujer, cometen los hechos más reprobables. Casi no se pasa día sin que en una ciudad u otra se registre alguna nueva fechoría de aquellos energúmenos, que lo mismo destrozan una obra de arte que incendian un edificio o lanzan bombas de dinamita, ni más ni menos que los anarquistas más furibundos.

Recientemente se han empeñado en exponer directamente al Rey Jorge V sus pretensiones y no perdonan ocasión de acudir allí donde va S. M. y promover los mayores escándalos. Hace pocos días celebrábase en el Olympia un concurso hípico al que asistían el monarca y su esposa, y apenas éstos llegados a su tribuna, surgieron de entre el público dos sufragistas que, encarándose con las Reales personas, intentaron interpelarlas; mas en cuanto abrieron la boca, la muchedumbre se les echó encima y las entregó a la policía, que las expulsó del local.

Su última fechoría (en el momento en que escri-

bimos estas líneas) ha sido la colocación de dos bombas junto al altar mayor de la abadía de Westminster. La explosión de las bombas ocasionó algunos desperfectos en el histórico trono que se utiliza en la ceremonia de la coronación de los reyes de Inglaterra y en las paredes del edificio, y se produjo en el mismo momento en que en la Cámara de los Comunes se trataba de la cuestión de las sufragistas.

El diputado sir Roberto Cecil había pedido al gobierno que ordenase la deportación de las sufragistas a alguna isla desierta. El ministro del Interior contestó que el primer medio que debería adoptarse contra ellas sería dejar de hacerles el reclamo que actualmente se les hace dando cuenta al público de sus atentados. Manifestó, además, el ministro que reconocía que algo más podía hacerse en la vía de la represión y que el procedimiento hasta ahora seguido de prender a las sufragistas y ponerlas en libertad automáticamente, por decirlo así, no era ya suficiente y añadió que esperaba que el gobierno podría reunir elementos de prueba bastantes para llevar ante

los tribunales a las militantes y a las personas que les proporcionan dinero, y hacer a éstas responsables de los daños que aquéllas ocasionan.

Mientras tanto, el pueblo se va cansando ya de las sufragistas y de sus criminales hazañas, y en algunas ocasiones se hace la justicia por sus propias manos. Hace poco, en Dublin, los estudiantes del Colegio de la Trinidad invadieron la residencia social de las sufragistas y lanzaron a la calle todos los muebles. Y en Londres mismo, últimamente, unos muchachos se apoderaron de varias sufragistas que celebraban un mitin y quisieron arrojarlas a un estanque; la policía, no sin grandes esfuerzos, logró al fin arrancar a aquellas mujeres de las manos de sus agresores. Y habiendo éstos sido llevados ante el juez, el representante de la justicia se negó a condenarlos, declarando que la conducta de las sufragistas explicaba perfectamente la indignación popular. Esto no obstante, aquel magistrado exigió de los delincuentes la promesa de que no reincidirían, pues nadie está autorizado a tomarse la justicia por su mano.

ZÜRICH

GRAN HOTEL VICTORIA

Bahnhofplatz

Casa de primer orden para familias. - Restaurant.
Propr. A. Kummer-Wenger.

HIPOFOSFITOS SALUD



COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

FUMISTERIA CAÑAMERAS

Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS

GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940

Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN